

## **Historia de una iglesia a la luz de la arqueología; la ermita de Nuestra Señora del Val, (Pedro, Soria)**

Don Jaime Resino Toribio  
Doña María Eugenia Delgado Arceo  
Don Luis Alberto Villanueva Martín

Arqueólogos  
Antequem S.L

### Resumen

Las intervenciones arqueológicas realizadas en la Ermita de Nuestra Señora del Val en Pedro (Soria) han aportado nuevos e importantes datos para esclarecer las cuestiones sobre el comienzo y desarrollo de su construcción. Unos datos y resultados que nos proponemos presentar en el presente artículo.

### Abstract

The archaeological interventions in the Chapel of Nuestra Señora del Val Pedro (Soria) have provided important new data to clarify issues on the onset and development of its construction. Some data and results that we intend to present in this article.

### Palabras Clave

Arqueología-Edad Media-Románico.

### Keywords

Archaeology, Middle Ages-Romanesque art



## Introducción

Prácticamente desconocida, salvo para los habitantes del pueblo de Pedro, en el límite suroccidental de la provincia de Soria, y para algún entusiasta investigador de la arquitectura Altomedieval, la ermita de nuestra Señora del Val es, sin embargo, un ejemplo particular dentro del número de los edificios religiosos en la zona del Duero. Aunque a simple vista el aspecto general del templo es de sencillez rural, tras esa aparente simpleza, el edificio posee una gran complejidad en la fábrica de su estructura, donde son visibles la sucesión de distintas fases constructivas, reformas y modificaciones en gran parte de sus elementos, que se desarrollaron durante siglos. Algunos de estos elementos, en particular los decorativos, han inducido a pensar que esta ermita tenga un origen visigodo, con lo que se convertiría en una de las iglesias más antiguas de la zona, y uno de los raros ejemplares arquitectónicos que se han conservado de aquel periodo. Tal adscripción ha provocado cierta controversia entre los estudiosos, tanto a la hora de fijar su origen, como de determinar esas diferentes fases en su fábrica y establecer sus cronologías. En este sentido, las intervenciones arqueológicas realizadas sobre la Ermita de N.<sup>a</sup> S.<sup>a</sup> del Val han aportado nuevos e importantes datos para dilucidar las cuestiones sobre el comienzo y desarrollo de la construcción de la ermita de la Virgen del Val. Unos datos y resultados que nos proponemos presentar en el presente artículo.

### **I.- La Ermita de Nuestra Señora del Val, un espacio singular**

#### 1. El entorno

Cualquier caminante que decidiese emprender senda en dirección sur desde la mismísima ribera del río Duero, a la altura de San Esteban de Gormaz, apreciaría que se adentra poco a poco en una amplia paramera que asciende paulatinamente desde el río. Estos páramos de suave pendiente,



van desarrollándose a medida que se avanza hacia el mediodía en un ancho arco que alcanza los 10 Km. en el eje de Morcuera-Fresno de Caracena, dulcificando sus agrestes formas, con la presencia de extensos sabinares y encinares. Estas parameras se encuentran rotas por hoces, estrechos callejones perpendiculares al eje del Duero, que llegan a tener en ocasiones cierta profundidad, con fuertes pendientes de laterales cortados a pico y fondos angostos, creadas por los ríos que quedan en la margen izquierda del Duero: los ríos Pedro, Caracena y Talegonos, con sus respectivos afluentes, y que han supuesto, desde muy antiguo, auténticas vías de comunicación entre el Valle del Duero y el Sistema Central.

A la altura de la línea que forman Torrevicente al este y Cuevas de Ayllón al oeste, las parameras, que no han dejado de ganar altura, súbitamente terminan en una abrupta caída, casi vertical, en un frente de más de 30 Km. con un desnivel de casi un centenar de metros, desde las elevaciones más destacables (Corraleros 1.294 m., La Atalaya, 1.326 m., Calahorra 1.351 m., Cabeza 1.330 m.). hasta el fondo de la pendiente. Inmediatamente al sur, por el contrario, como retomando el paso perdido de los páramos, se alza en fuerte elevación la Sierra Pela, una larga línea de crestas que se presenta en paralelo con este alto reborde. La Sierra de Pela es en realidad un gran muro, una línea continua de elevaciones que se desarrolla en dirección este-oeste con una ligera curvatura hacia el sur. La línea de cumbres se elevan hasta cotas bastante importantes (Grado 1.513 m., Rivilla 1.500 m., Bordega 1.525 m., Ribalopez 1.524 m., El Portillo 1.535 m., Cabeza alta 1.469 m.) a modo de almenas de este muro calcáreo, entre las cuales existen numerosos pequeños portezuelos que, desde siempre, han permitido el tránsito por los dos lados de la Sierra de Pela, con lo que ésta no resulta un obstáculo insalvable para la comunicación de ambas vertientes, ya que la sierra Pela forma parte de las últimas estribaciones orientales del Sistema Central, y marca el límite suroeste de la provincia de Soria con las de Guadalajara y Segovia, aparte de ser la divisoria entre las



cuencas altas del Duero y el Tajo. La Sierra de Pela también se convierte en el elemento determinante principal de la red de ríos y riachuelos de la comarca. La zona que nos interesa se encuentra situada en la vertiente septentrional de aquella, lo que provoca que todas las torrenteras y riachuelos se dirijan al norte o al noroeste. Es el caso del río Pedro, que nace en los manantiales cercanos al pueblo del mismo nombre, que junto al Arroyo de Montejo, cuyas fuentes están en las diferentes torrenteras a partir de Sotillos de Caracena, estructuran la hidrografía de la zona, creando dos pequeños valles hasta Noviales.

Entre el final casi inesperado de las parameras del Duero, y el resurgir calizo de la Sierra Pela, se crea un amplio corredor que sigue el mismo eje Este-Oeste de las elevaciones mencionadas. Este es un pasillo encajonado entre las crestas de 3 a 5 Km. de ancho, acentuada la impresión de profundidad por la marcada diferencia de nivel entre las cumbres (1300m, 1500 m.) y el fondo (en torno a 1200m.) Este corredor, que es el centro físico de la Comarca de Tiernes, no es de un fondo llano, sino que está formado por estrechos callejones longitudinales, entre los cuales se encuentran elevaciones menores y cerros (el Castro, la Cogolluda, Cerro de Tiernes, etc). Los bordes de este pasillo geológico están marcados por escarpes, vaguadas y pequeñas hoces, más que por espacios llanos, en donde generalmente se sitúan

los núcleos urbanos de la comarca; Montejo de Tiernes, Liceras, Valderromán, Retortillo, Cañizeras, etc. Siendo este el caso también de la localidad de Pedro donde está situada la Ermita de N<sup>a</sup> S<sup>a</sup> del Val.



Todo el corredor está dominado por el color rosado de las areniscas, que los geólogos denominan más prosaicamente Facies Buntsandstein del periodo Triásico, enmarcadas por las calizas de origen jurásico existentes en la Sierra Pela y el reborde de los páramos.

El espacio al que hemos llegado se encuentra tan encajonado entre grandes alturas y su propia cota es tan elevada, con una media de 1200 m. sobre el nivel del mar, que su clima ha de ser forzosamente muy riguroso. Así es; con una temperatura media anual que no supera los 10 °C, se puede imaginar la dureza de los inviernos en este lugar, cuyo periodo efectivo abarca desde principios de noviembre hasta finales de marzo, con un tiempo añadido de riesgos de heladas que se prolongaría hasta comienzos de junio. Los escasos 80-90 días sin riesgos de heladas, pueden considerarse el espacio de buen tiempo, aunque la media de los meses veraniegos no alcanza los 20°. No obstante, una característica esencial de este valle longitudinal es la existencia de microclimas, relativamente benignos, que se dispersan a todo lo largo del valle según sean las condiciones del relieve, que pueden crear espacios de abrigo, como sucede en Pedro.

Las extremas temperaturas y la gran variación térmica, unidas a un bajo régimen de lluvias (550mm de media anual) y una escasa potencia de la capa superficial de tierra, han creado una vegetación más dominada por las especies arbustivas que arbóreas. La reina indiscutible de especies arbóreas de la zona, son las de la familia Quercus (encinas y robles), que comparte su predominio con la de Juniperus (sabinas), algo menos abundante pero aún así numerosa. De manera marginal, en torno a las estrechas vegas de los pequeños ríos y torrentes, a causa de la mayor humedad y presencia continua de agua, aparecen otras especies arbóreas que aportan diversidad al conjunto de vegetación de porte; son el álamo, el sauce y alguna haya, aunque su número es incomparablemente menor con respecto a las especies mencionadas anteriormente, y muchos de los álamos visibles han sido



plantados como cultivo para el aprovechamiento industrial. También se hacen presentes los pinares, no muy extensos, y relativamente jóvenes, que se han creado dentro de programas de reforestación impulsados por las distintas administraciones.

Sin embargo, el dominio sobre los suelos naturales es sin duda de especies arbustivas que sustituyen a las arbóreas, las cuales, debido a las duras condiciones climáticas y de suelo, tienen más dificultades para recuperarse de los procesos de deforestación, ya naturales, ya inducidos por la acción de los habitantes de la comarca. Por ello la presencia del monte bajo es la constante en el paisaje, junto con las tierras de labor. Toda tierra que por sus pronunciadas pendientes ha sido imposible de cultivar, está ocupada por el monte bajo. De este modo podemos observar gran parte de las laderas de cerros y montañas circundantes cubiertos por un tapiz casi uniforme de esta vegetación arbustiva, señoreadas por estepas, retamas tomillos y brezos, interrumpido ocasionalmente por la aparición de unas pocas encinas.

## 2. El Pueblo

En el tramo occidental de la Sierra Pela, el paisaje ligeramente inclinado de las faldas septentrionales de las cumbres, se quiebra en una serie de hondonadas estrechas, como si fuesen escalones perpendiculares a la línea de la sierra. Estas quebradas no fueron socavadas por la acción de ríos, sino por tremendas fuerzas tectónicas que resquebrajaron la roca hasta formar estas hendiduras, a modo de pequeños cañones, por donde se abren al exterior venas acuosas, fuentes que hacen fluir numerosos arroyos de aguas particularmente claras: Arroyo Barbero, Arroyo de la Benita, Arroyo de Los Terreros, etc. Al abrigo de uno de estos cañones, defendido por las alturas del Cerro del Espino (1375 m.) al sur y el Cerro de Valhondo (1339 m.) al noreste, se encuentra el pueblo de Pedro, aprovechando la benigna existencia de las fuentes que aportan caudal al río que lleva su nombre. El



núcleo urbano propiamente dicho se sitúa en una plataforma, alargada y estrecha a 1254 m. de cota, que se desarrolla en dirección SE-NO, en el que se aprietan las casas a los lados de una calle central que marca el eje de la localidad. Las casas tradicionales que aún se conservan, se adosan unas a otras, realizadas con un eficaz mampuesto de piedra, y los tejados con cubierta de tejas curvas colocadas en canal, poniéndose en cobija sólo donde están las vigas principales, dándoles un pintoresco aspecto. La circunstancia de que el pueblo se sitúe en el centro de una de las fallas que parten la línea de la sierra, hace que el entorno inmediato a Pedro sea muy variado. Así pues, el material que rodea al enclave de Pedro está formado por areniscas de mayor o menor dureza, sin embargo existen en las cercanías columnas de elementos calcáreos como dolomías, calizas tableadas y tobas calcáreas, precisamente las utilizadas en numerosas construcciones del pueblo, incluida la ermita de Nuestra Señora del Val, y que se han estado explotando hasta no hace mucho tiempo. La presencia cercana de la Sierra Pela supone un influjo benéfico para la existencia del pueblo. Si por un lado aporta abundante agua en forma de manantiales, por otro permite un índice de lluvias más elevado que las que se producen en el entorno, con una diferencia que va de los 800 mm de su media anual, a los escasos 530 mm de media apenas 5 Km. más al Norte, en la zona donde el corredor entronca con el reborde de las parameras. La consecuencia lógica es la de una vegetación más abundante y feraz, ejemplificada en la llamada “Mata de Pedro”, una extensa zona boscosa que se sitúa al norte y al este de la localidad, un monte espeso y cerrado donde predomina el rebollo, debido a la mayor humedad, acompañado por encinas y la sabina albar, que nos ofrece un paisaje y entorno naturales que posiblemente fueron más habituales en épocas anteriores. Junto a esta zona de bosque, se aprecian frondosas concentraciones de álamos y vegetación de ribera en las márgenes de los numerosos cursos de agua. En las cercanías inmediatas al núcleo urbano, esta abundancia de agua ha permitido el aprovechamiento de las explanadas como prados para buen pasto, y sobre todo la existencia de cultivos







hortícolas y frutales de cierta entidad, algo extraño y escaso en las demás localidades de la comarca de Tiermes. Con todo, la principal fuente de riqueza de la localidad es el cultivo cerealístico, desarrollado a la umbría de la Sierra Pela, en los espacios libres que quedan entre los cerros del corredor, las estribaciones serranas y la Mata de

Pedro, completado con la ganadería ovina, que aprovecha los pastos antes mencionados.

De los orígenes de este pueblo no se tienen muchas noticias, ni son muy completas, como suele suceder en estos modestos núcleos por donde la historia casi pasó de puntillas. Apuntaba J. L. Argente Oliver la existencia de un hábitat celtibérico en las inmediaciones, resultado de una prospección superficial realizada a fines de los años 80 del siglo pasado. (Argente, 1990; 48). Aunque no precisa el espacio cronológico, sería el dato más antiguo de la presencia de población en la localidad de Pedro. Por otra parte, siempre se ha apuntado la posibilidad de que la cabecera del acueducto (*caput aquae*) que surtía a la ciudad romana de Tiermes, estuviese en las inmediaciones de Pedro, en alguna de las caudalosas fuentes que manan directamente de la sierra al sur del pueblo (Argente y Diaz, 1995; 106 y Romero, 2005; 441), con lo que, de ser cierto, la zona de Pedro estaría vinculada a la urbe romana, lo que daría cierta continuidad al hábitat anterior. Otro elemento de esta etapa romana sería la posible traza de un tramo de la calzada romana que uniría





Tiermes con Segovia y pasaría cercana al pueblo (Argente y Diaz, 1995; 50), (Romero, 2005; 436)

Con todo, estas noticias no dejan de estar en el ámbito de la especulación y la hipótesis, dado que no se han hallado documentación, ni restos estructurales de ningún núcleo de población, tanto de época celtibérica, como romana o posterior, hasta la Alta Edad Media, en la que aparece mencionado Pedro por primera vez en un documento de permuta con fecha de 1140. Con la disgregación del califato omeya tras la muerte de Almanzor en el 1002, se hace efectiva la consolidación del mandato castellano sobre los territorios ribereños del Duero, sobre todo a lo largo de la segunda mitad del s. XI. En este proceso se crearían una serie de “Comunidades de villa y tierra”, como elementos de articulación de los nuevos territorios conquistados; conjuntos de poblaciones en torno a un núcleo principal que dependían exclusivamente del rey, el cual les permitía una amplia autonomía judicial y administrativa, a cambio de poner en producción las tierras otorgadas y defenderlas (Valdeón, 2006: 89). En torno a Caracena, se creó una de estas comunidades que agruparía toda una serie de nuevas aldeas entre las que se encontraría Pedro. Sin embargo esta comunidad de Caracena sería entregada a la diócesis de Sigüenza mediante el documento mencionado más arriba. En él, Alfonso VII ofrece al obispo segontino Bernardo Agén la Villa de Caracena con todos los términos a ella adscrita “Caracenam cum ómnibus terminis et aldeis suis, Pedro videlicet Termis et Castrabo...” a cambio de la villa de Serón de Nágima, más útil estratégicamente al rey en sus contenciosos con la corona de Aragón. (D’Ors, 1951; 567-582) Es interesante observar que tras la mención de Pedro se usa el termino videlicet, que viene a significar: es decir, entiéndase como, unido al nombre de Termis, (Videlicet Termis: entiéndase como Termes), con lo que parece ser que en aquel momento la comunidad de Pedro estaba vinculado administrativamente con el núcleo medieval termestino. Ya en el s. XIV las tierras de Caracena vuelven a la corona, que la cederán sucesivamente a la



Familia Tovar y al obispo Alonso Carrillo de Acuña, el cual perderá su señorío sobre ellas, al unirse al bando de doña Juana y el rey de Portugal, derrotados en la guerra de sucesión por la corona de Castilla. La comunidad de villa y tierra sería posteriormente adscrita al condado de Uceda, hasta que ya en el s. XVII, Felipe III crea el marquesado de Caracena, que irá pasando a manos de los linajes de Benavides, Téllez-Girón y Fernández de Velasco, hasta que finalmente, las Cortes de Cádiz en 1811, decretan la abolición de los señoríos. En el famoso censo de Floridablanca realizado entre 1785 y 1787, aparece nombrado con un total de 137 vecinos. Posteriormente el diccionario Geográfico y estadístico de Madoz, publicado entre 1846 y 1850, registra que Pedro contaba con 29 hogares y 112 vecinos, poseía seis batanes y cuatro molinos, lo que nos habla de una pujante comunidad, que en 1910 aún contaba con una población censada de 146 habitantes. Sin embargo, las condiciones de vida generales de una comunidad pequeña, enclavado en un territorio tan agreste, no han sido nunca sencillas; un clima riguroso, unos recursos escasos y limitados, y la falta real de perspectivas de ascenso o mejora, hicieron que la llamada de las grandes ciudades, llenas de más oportunidades laborales, económicas y sociales, resultase sencillamente irresistible para la población más joven, que es en realidad el puntal de futuro de cualquier pueblo. Así pues, de una población que a comienzos de la década de 1960 sobrepasaba ligeramente el centenar de habitantes, pasó a tan sólo 34 habitantes censados diez años más tarde, en 1970, y a únicamente 14 en la actualidad (I. N. E., nomenclátor de unidades poblacionales)

### 3. El edificio

Curiosamente, la pequeña joya arquitectónica que es la Ermita de Nuestra Señora del Val, no es visible para el visitante que se llegue al pueblo de Pedro. Tras dejar atrás la carretera que une Pedro con Noviales y Montejo de Tiermes (de nomenclatura oficial SO-P-4119) y recorrer la calle central que



marca el eje del pueblo, se llega a la plaza mayor, detrás de la cual se hace presente la iglesia parroquial de San Pedro, cuya construcción a principios del s. XVI provocó que N<sup>a</sup> S<sup>a</sup> del Val se quedase sin culto. Hay que salir del pueblo en dirección Norte, por el llamado “camino de la ermita”, una pequeña calleja entre cercas de piedra que delimitan huertos de frutales, y que desciende desde la plaza hasta una especie de promontorio llano que se destaca de la pendiente. Al final de este camino uno se encuentra con la ermita, que es en realidad un edificio pequeño, de formas simples y aire rustico, con un sencillo pórtico sostenido por cuatro postes de madera.

Si el pueblo de Pedro es nombrado por vez primera en 1140, hay una mención directa a la iglesia con fecha de 1207, cuando la diócesis de Sigüenza se ve obligada a intervenir, para traer la concordia entre el concejo de la vecina localidad de Sotillos y “...ecclesie de Tiermes et de Pedro” por las disputas a la hora de regular los servicios religiosos, ya que, al parecer, el párroco que atendía los servicios de estas tres comunidades, hacía dejación de sus funciones en la primera. (Calvo 1913; 376)

La Ermita de N<sup>a</sup> S<sup>a</sup> del Val es un templo sencillo, como se ha dicho más arriba; se trata de una iglesia de nave rectangular con orientación este-oeste, con ábside cuadrado en su lado oriental. Sus dimensiones son de 5,95 m de largo y 6,60 m de ancho para el ábside, y 17,75 m de largo y 7,35 m de ancho, para la nave, con cubiertas a dos aguas en ambas. En seguida se aprecia, a simple vista que el conjunto está construido en varias fases. El edificio está levantado con sillarejo de toba calcárea y abundante mortero, con sillería mejor escuadrada en las esquinas, también en toba. En los muros del ábside se aprecian dos fases constructivas sucesivas; en la parte inferior se emplea sillarejo de pequeño y mediano tamaño de toba, mientras que en el tercio superior del lienzo se hace evidente un recrecido, que, aunque utiliza los mismos materiales, se diferencia por el sillarejo más irregular, lo mismo que los bloques de las esquinas, mucho peor escuadrados, y el mampuesto



colocado con peor habilidad. Entre ambas fábricas, como frontera meridiana, se pueden ver aún los restos de los canecillos de lo que debió ser la cornisa original, recortados para unificar el frente del lienzo antiguo con el realzado de



la nueva cubierta, aunque todavía se conservan los que se colocaron en los ángulos sureste y noreste con perfil de chaflán. Los muros del recrecido del ábside, por su parte se rematan con alero de grandes cobijas de caliza porosa achaflanadas, que descansan en una notable serie de canecillos de diferentes motivos: rollos escalonados sobre perfil de nacela, inspirados en la tradición mozárabe, tacos superpuestos decrecientes y cabecitas humanas, entre otros.

Otra evidencia que se presenta al observador muy claramente, es que la nave es de una fábrica posterior a la de las dos fases del ábside y que a su vez esta misma a sufrido remodelaciones y cambios en su estructura, diferenciándose el muro septentrional con respecto al testero del lado occidental y el muro meridional. El muro meridional parece ser el más moderno, ya que su lienzo se alinea con el frente del muro sur del ábside, mientras que el muro septentrional, se separa del eje de la cara norte del ábside, formando un hombro de unos 70 cm, con lo que da la impresión que la fachada meridional cedió en algún momento, arrastrando consigo el testero occidental, y se decidió arrancar la nueva fábrica desde el más sólido lienzo sur del ábside. En este muro meridional, por tanto totalmente reconstruido, se abre la puerta de ingreso, resguardada por un pórtico de estructura de madera, de aspecto casi provisional, que se protege de vientos dominantes del Oeste por un murete de sillarejo bien trabajado, y que es la aportación estructural más moderna a la ermita. La puerta se reduce a un sencillo arco de medio punto, sobre jambas de 22,5 cm. de grueso, que cierran un vano de 1,22 m. de anchura, con dos líneas radiales, sobre impostas con vuelo de



chaflán. Es aquí, aprovechados como sillares de jamba y en el paramento que da al pórtico, donde se encuentran parte de los sillares decorados a bisel con motivos geométricos, que adornan el edificio y han hecho especular sobre la posibilidad de que la Iglesia de N.<sup>a</sup> S.<sup>a</sup> del Val pudiese tener un origen visigodo. En la puerta de ingreso encontramos, en primer lugar, una piedra de imposta de 52 por 25 por 22 centímetros, la mejor conservada, que se reutilizó como sillar en la jamba izquierda, y cuya posición corresponde más o menos con la que se asignaría en el momento de labrarla, ya que muestra dos caras contiguas decoradas para ser vistas en el frente del paramento y en el vano de entrada. La ornamentación geométrica, consiste en una alineación de

círculos tangentes cortados por semicírculos de igual diámetro, dando lugar a una característica combinación estrellada de arcos de cuadrante tallados a bisel. En el centro de cada uno se dibuja



una sencilla roseta de cuatro pétalos. La decoración se desarrolla en horizontal, formando una banda que se apoya en un listel simple. En la cara que da al vano se sigue con el mismo esquema decorativo a base de semicírculos, tangentes dos a dos y cruzados en el centro, formando una flor de cuatro pétalos que se abren en aspa. La misma composición ornamental se repite en los demás bloques que conservan decoración, un sillar de la jamba derecha, en la piedra de la base de la jamba izquierda y en un fragmento empotrado en el propio lienzo del muro sur. Aunque mucho más desgastados, se aprecia como los círculos se han tallado igualmente a bisel,



los espacios entre arcos tangentes se completan con semiesferas y en el centro de los círculos se rematan con rosetas.

En el hastial occidental se hallan los otros dos ejemplos de decoración geométrica tallada. Al quedar destruido en su casi totalidad, se reconstruyó de nuevo, al tiempo que el muro meridional de la nave, con una pobre mampostería y sillares de tobas calcáreas en los ángulos. Centrado con respecto al eje marcado por el altar y por tanto un tanto excéntrico con relación al eje de la nave, queda en el lienzo un vano que corresponde a la puerta procesional de la iglesia y que fue cegado, presumiblemente en la última reforma realizada en la iglesia. Las jambas están bien armadas, con sillares asentados con mortero; en cambio, el dovelaje del arco, se halla desajustado, con elementos radialmente irregulares, lo que parece indicar que sus dovelas pertenecieron a un arco diferente al de la puerta occidental. En efecto, dos dovelas sobrantes embutidas en la obra, se apoyan sobre las impostas decoradas de ambos lados, sirviendo de cuña entre las piezas del arranque del arco y la mampostería del paramento. Es en las impostas del arco de esta puerta cegada donde se encuentran los otros ejemplares decorados. La imposta de la derecha, mide 48 por 27 cm. y presenta en la cara que da al oeste, dos combinaciones estrelladas inscritas en circunferencias tangentes. En una de ellas parten de un pequeño círculo central ocho sectores, que se unen en la máxima abertura por arquillos, engarzados a su vez en el primer tercio por otros resaltados, de igual radio, formando así un remate festoneado, pareciendo una imagen estilizada de una flor. La otra inscribe dos cuadrados enlazados simétricamente para formar una estrella de ocho puntas. Desgraciadamente el tiempo ha borrado mucho las decoraciones de los dos círculos. Estos se engarzan exteriormente por trazos en ángulo que coinciden con los extremos de la diagonal de la cuadrícula donde encajan ambos. Un listel simple recorre la parte superior de la imposta delimitando la franja decorativa en toda su longitud, mientras en la parte inferior, es la propia arista del sillar la que delimita los motivos. Por su





parte, la imposta de la izquierda, de 52 por 26 cm, tiene un modelo decorativo completamente diverso. En la cara del sillar que mira a poniente, encontramos una combinación de tres series de círculos tangentes y secantes enlazados siguiendo una cuadrícula mientras que la parte superior se ve recorrida por un listel sogueado. Sin embargo, en la cara del intradós, se ha tallado un motivo de círculos secantes, similar al sillar decorado de la jamba izquierda de la puerta sur, en forma de flor cuadripétala desarrollada en aspa.



Al acceder al interior de la ermita descubrimos la misma sencillez que se aprecia desde el exterior. La nave, con el suelo 80 cm más abajo que el nivel del pórtico, es simple, sin compartimentaciones en la estructura, aunque hasta hace poco se podía ver en el extremo occidental una estructura sobreelevada de cal y canto, encalada y pintada, que hacía las funciones de coro, al que se accedía desde la puerta sur por una sencilla escalera realizada con sillares de toba. Adosada a la parte baja de ese coro, un banco corrido de la misma fábrica se extendía también por el lado norte de la nave. Sin embargo, ahora, tras las últimas excavaciones, tanto el banco como el coro han desaparecido, dejando a la vista un entalle en la roca en los lados norte y oeste, a modo de banco corrido pétreo. La nave, por su parte, se cubre con una techumbre de madera recientemente reformada, aunque no



queda indicios de como debió ser la cubierta original, antes de las sucesivas reformas de esta. Interiormente la nave se separa del ábside mediante dos fuertes pilastras que sostienen un arco triunfal de medio punto de 3,50 m de luz, remarcándose la separación con un pequeño escalón justo debajo de la luz del arco. Una ventana en aspillera se abre al lado meridional, permitiendo comprobar el porte de los muros del ábside, de más de 1,20 m de espesor. Detrás del retablo barroco que preside el altar hay otra ventana en aspillera, invisible desde el exterior, ocultada por sucesivas capas de revoco de cal. La estructura del ábside se cubre con una bóveda de cañón de perfecta factura.

## **II.- El estudio de la ermita de Nuestra Señora del Val**

### **1. Un temprano interés**

Es cierto que la Ermita de Nuestra Señora del Val no ha disfrutado del seguimiento que por otros templos han tenido los estudiosos del románico, sin embargo esta iglesia despertó un temprano interés en la figura de Teógenes Ortego Frías, erudito y arqueólogo soriano, a la sazón inspector de enseñanza en la provincia, que tras una visita al monumento, publicó en 1958 un artículo en *Archivo Español de Arqueología* (AEspA), donde realiza una sucinta descripción del mismo; indicando sus medidas, identificando sucesivas fases de construcción, y valorando los diferentes elementos estructurales y decorativos que pudo observar. En este primer artículo, Ortego se centra especialmente en las decoraciones geométricas talladas en algunos de los sillares visibles, tanto en la puerta de acceso, como en la entrada cegada del hastial occidental. El autor, analizando desde una perspectiva estilística los mencionados sillares, verá claramente características visigodas en estas decoraciones y, sobre esta base, apuntará un origen visigodo a la fase más antigua del edificio, concretándolo al s. VII, durante el reinado de Recesvinto (653-672) importante benefactor de construcciones eclesiales (Ortego, 1958: 222-230), tras lo cual sufriría destrucción como consecuencia de la invasión musulmana del 711.



Posteriormente, entiende Ortego, la iglesia sería reconstruida en el s. XII, basándose en el estilo de los canecillos visibles en los aleros. De todas formas, este interés, desde el punto de vista formal y estilístico, no fue acompañado de excavaciones sobre el terreno que sirvieran para confirmar tales hipótesis, con lo que estas consideraciones quedaron como las únicas sobre el origen y naturaleza del templo, a las que volverá Ortego en una obra más tardía publicada en 1983 en el Boletín de la Sociedad de Amigos de la Arqueología (BSEAA) (Ortego, 1983: 9-17)

Las explicaciones de Ortego ofrecidas en los dos artículos mencionados, debieron ser suficientes para los investigadores del mundo medieval, porque la Ermita de N<sup>a</sup> S<sup>a</sup> del Val no recibió mas atenciones que la de visitantes ocasionales, dándose por buena dicha afirmación, pasando a formar parte de la cartografía del periodo visigodo y provocando su inclusión en las más variadas referencias bibliográficas que trataban sobre dicha época. Tan sólo en los años 80 autores como J. M. Izquierdo Bertiz y L. Caballero Zoreda contradijeron la hipótesis del origen visigodo de la ermita (Izquierdo, 1980; 324 y Caballero, 1984: 447).). El edificio tampoco tuvo más intervenciones que una serie de pequeñas catas en lo años 90 al pie del muro norte y sobre el encalado, en estéril búsqueda de pinturas bajo este. Las investigaciones de Ortego y su consideración como un templo hispano-visigodo del s. VII facilitaron su declaración como Monumento Histórico Artístico en fecha de 30 de julio de 1982 y, finalmente, Bien de Interés Cultural el 27 de abril de 2000.

## 2. Retomando la investigación: las intervenciones arqueológicas

Cuando en 1958, Teógenes Ortego estableció una cronología para la ermita de N<sup>a</sup> S<sup>a</sup> del Val en torno a la segunda mitad del s. VII (Ortego, 1958; 229), lo hizo desde una perspectiva estilística, pero no pudo acompañar sus afirmaciones con pruebas materiales que el registro arqueológico sí puede aportar. Sin embargo la oportunidad para la arqueología llegó a principios de



este siglo, con una importante renovación en el interés sobre el patrimonio eclesiástico en Castilla y León, por parte de las administraciones que, afortunadamente, incluirían dentro de diversos programas a la Ermita de Nuestra Señora del Val. Dentro de este contexto, en el año 2005 se elabora, por parte de los Grupos de Desarrollo Local ADEMA y Tierras Sorianas del Cid, un proyecto de acondicionamiento y señalización para facilitar las visitas a la ermita, que incluyó un análisis previo del estado de conservación y de las necesidades de intervención sobre La Ermita de Nuestra Señora del Val, en el marco del Plan Director del Románico del Sur de Soria. A partir de aquí, el Servicio de Restauración del Patrimonio, dependiente de la Dirección General de Patrimonio de la Junta de Castilla y León, va a promover una serie de importantes intervenciones arqueológicas en 2006 y 2007, junto con el análisis histórico-artístico de la fábrica del edificio. Los trabajos arqueológicos, permitieron identificar y definir las diferentes fases de construcción y reformas que el edificio había sufrido. Estas labores tendrían continuidad tras la puesta en marcha del Proyecto Cultural Soria Románica, impulsado por la Fundación Duques de Soria, que de 2007 a 2010, tenía como objetivo intervenir en los bienes muebles, en los inmuebles y en los entornos de estos, con el fin de recuperar el patrimonio románico en sus vertientes cultural y social, haciéndose cargo de esta manera de las acciones sobre la ermita en 2009 y 2010. Las sucesivas intervenciones fueron ejecutadas por varias empresas especializadas en el sector: Unoveinte S.L. en los años 2006 y 2007, Antequem S.L. en 2009 y, finalmente Arquetipo Gabinete Arqueológico en 2010. En estos cuatro años, la investigación ha sido intensa, completa e integral, abarcando excavaciones sistemáticas, tanto en el interior como en el exterior del edificio e incluso en las cubiertas, estudios analíticos de los paramentos de la obra, y análisis estilísticos y documentales.



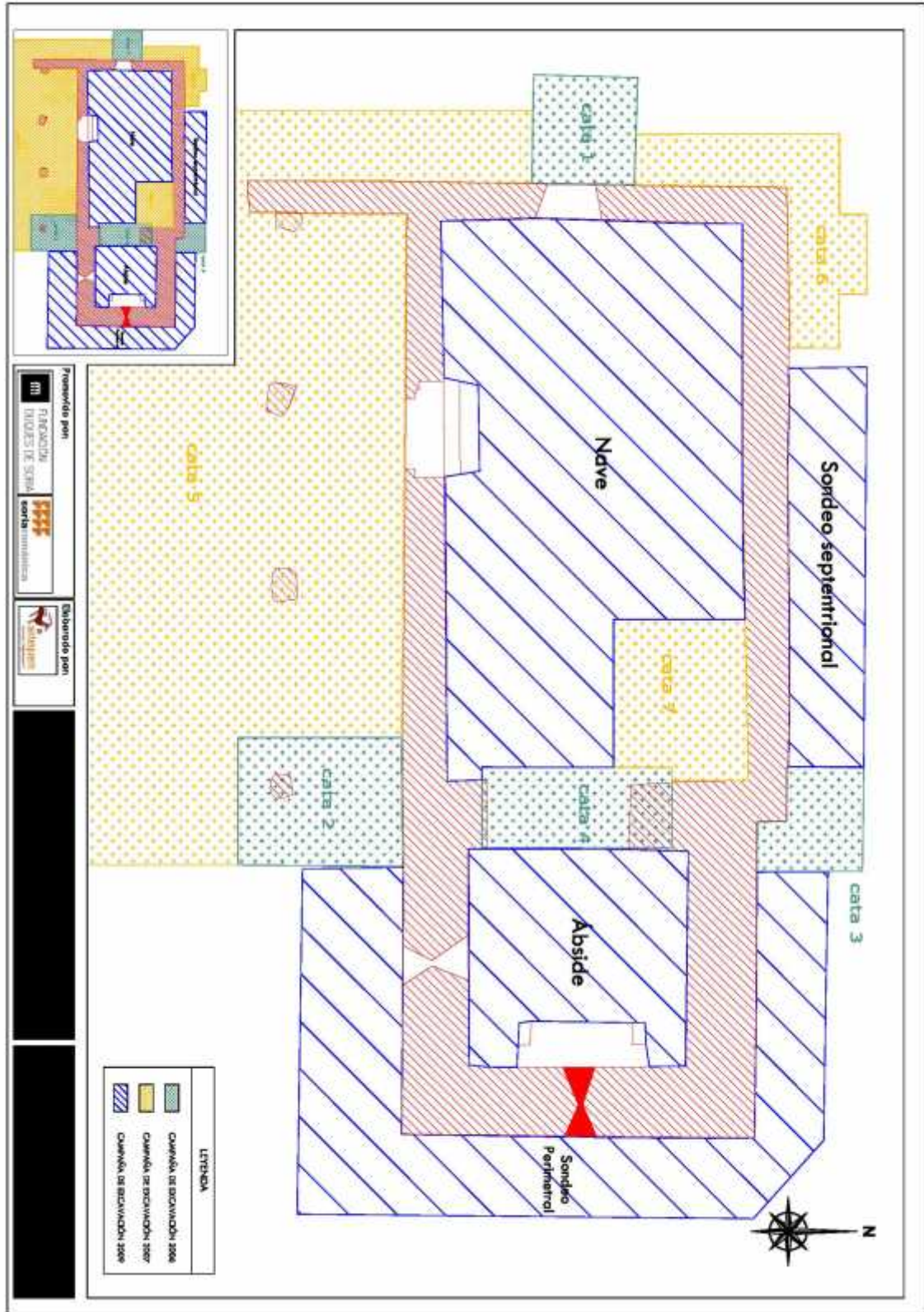
- Año 2006

Las excavaciones del año 2006 se podrían considerar como preliminares, ya que se planificaron tan sólo tres puntos muy limitados de actuación en el exterior de la ermita y uno en el interior, en áreas consideradas de mayor interés. Los lugares elegidos en el exterior fueron los dos aledaños al final del ábside, en el punto en que se adosan los muros de la nave, y el espacio frente a la puerta cegada en la fachada occidental de la nave, mientras que en el interior se intervino en la zona bajo la luz del arco triunfal.





Historia Digital colabora con la Fundación ARTHIS





Los resultados de las excavaciones fueron en aquella campaña un tanto desiguales. La realizada en la unión meridional de la nave con el ábside cumplió las expectativas, al encontrarse los restos de un muro de tobas sobre el suelo de roca, lo que parecía ser la cimentación de un hombro de la nave original, coetánea al ábside, sobre la que se apoyaba otro muro que pudiera corresponder a la reforma posterior de esta nave, y por tanto contemporánea al muro septentrional. Además se halló un muro de mampuesto adosado perpendicularmente a las estructuras anteriores, restos de un pórtico de obra, anterior a la más sencilla estructura visible actualmente. También se encontró, en parte, una tumba infantil, orientada Este-Oeste, excavada en la



roca de tipo antropomorfo, indicio de la existencia de una necrópolis en torno a la ermita. Sin embargo, en la excavación del lado septentrional, tras un hallazgo de dos enterramientos

infantiles, literalmente al pie la cimentación de la esquina del muro de la nave, y por tanto más modernos que el enterramiento del Sur, no se halló cimentación del hombro correspondiente que fuese contemporáneo al ábside, como sucedía en la otra parte al sur, pero si se pudo constatar fehacientemente la relación de posterioridad de la nave con respecto al ábside, perfectamente visible en ambas cimentaciones. Apenas se recogió material en las intervenciones de los dos lados; fragmentos pequeños, poco significativos y sin decoración, que no permitían establecer una cronología aceptable para ellos.



No fueron los esperados, los resultados de la excavación en el centro del hastial de poniente, frente a la puerta procesional cegada en un momento indeterminado. En principio, el muro de este lado es contemporáneo al del lado sur, y por tanto es de la reforma más moderna de la nave pero no se hallaron restos de ninguna obra que fuese anterior a la construcción del muro del hastial ni de la puerta. Con una estratigrafía reducida únicamente al manto vegetal, la base de roca aparecía enseguida, sobre la que se asentaban directamente muro y jambas. A la excavación de esta cata, también se añadió la eliminación de los revocos que rodeaban la puerta, y el desmontaje parcial de los bloques que cegaban la misma. Con ello se pudo apreciar la mala factura del muro occidental; de mampuesto de bloques irregulares de toba y arenisca, trabados con una argamasa pobre en cal y ayudada con numerosas cuñas de piedra, y hallar que la imposta decorada del lado izquierdo tenía tallado el intradós con una flor cuadripétala. El material arqueológico recuperado fue escaso y poco representativo, destacando unos pocos fragmentos de cerámica con vedrío verde al exterior, sin cronología determinada.

La intervención en el interior del edificio se planteó justo debajo de la luz del arco triunfal, con el fin de ver si en origen este pudiera ser más pequeño. En efecto, al levantar el cemento del suelo aparecieron dos cimentaciones realizadas con bloques de caliza que mostraban un arco de una luz mucho menor, de unos 2 metros, aunque la cimentación del lado sur estaba muy alterada por la existencia de otro enterramiento infantil, que había perforado la base de caliza hasta llegar a la roca.

Toda aquella intervención arqueológica se completaba con un estudio minucioso de los paramentos que componían la fábrica de la ermita de N<sup>a</sup> S<sup>a</sup> del Val, de la que se identificaron entonces hasta ocho fases diferentes, que comprenderían la fase original de la construcción, conservada únicamente en la hiladas inferiores del ábside, la reconstrucción de la nave tras la ruina de la



original, dos sucesivas reformas del ábside, el recrecido de éste hasta el alero de canecillos románicos actualmente visible, la reforma de la nave con la nueva alineación del muro meridional y la reconstrucción del hastial occidental, la construcción del muro de cierre oeste del pórtico, y por último los arreglos y revocos realizados en el pórtico y las diferentes fachadas. Estas fases abarcarían desde un posible origen visigodo del s. VII hasta las reformas del s. XVI-XVII y las intervenciones indeterminadas en época contemporánea (Balado y Garnelo, 2007: 43-96).

- Año 2007

Esta segunda campaña de excavaciones tuvo un alcance mayor que la anterior, tanto en número de metros cuadrados excavados, como en resultados obtenidos. Al igual que en el año 2006, se plantearon puntos de intervención tanto en el interior como en el exterior del edificio de la ermita. La actuación más extensa se realizó en la base del pórtico y en el área inmediatamente al sur de este, con un segundo lugar exterior de excavación localizado en el ángulo noroeste de la nave. Mientras, al interior de la iglesia se intervenía en la esquina noreste de la nave, allí donde se unía el antiguo banco corrido con el pilar norte del arco triunfal.

En los tres casos se tenía como propósito principal el encontrar trazas de la fábrica primigenia de la ermita y tener una idea más clara de las plantas originales de ella, pero en ninguno de ellos se alcanzaron tales objetivos. La intervención en la zona del pórtico sirvió para ver como el muro del primitivo hombro contemporáneo al ábside, apenas si tenía unos 60 cm de continuidad más allá de donde se dejó en 2006. Por su parte el muro de la primera reforma, contemporáneo al muro norte de la nave, se prolongaba algo más de metro y medio pero desaparecía bastante antes de llegar a la perpendicular de la entrada, sin presentar ángulo de cierre, con lo que no se podía dilucidar como eran las primeras plantas de N<sup>a</sup> S<sup>a</sup> del Val. Sin embargo, se obtuvieron otros interesantes hallazgos, como fueron la definición de la planta del pórtico



primitivo, ya intuido en la campaña anterior, y la confirmación de la existencia de una necrópolis de tumbas rupestres en torno a la ermita, con la aparición de cuatro enterramientos más (dos infantiles y dos de adultos), de la misma tipología e igual orientación, que la tumba hallada en 2006. El material recuperado abundaba en cronologías bajo medievales para los niveles que sostenían los depósitos identificados como derrumbes del muro sur de la nave reformada, dada la presencia de cerámicas esmaltadas y pintadas de procedencia levantina, y de fragmentos de cerámicas no esmaltadas de formas y decoraciones propios de los repertorios alfareros mudéjares. En los enterramientos no se hallaron elementos de ajuar.





Al igual que la intervención sobre el hastial occidental de la campaña de 2006, la excavación del ángulo noroeste de la nave, presento una mínima estratigrafía, apareciendo casi inmediatamente debajo del manto vegetal la base de roca natural. En ella, no se hallaron estructuras que fuesen anteriores a los muros visibles, aunque se pudo comprobar como las cimentaciones de los muros norte y oeste son de diferente factura, lo que confirmaba la pertenencia a diferentes fases constructivas, aunque sin poder saberse cuando el muro del actual testero, sustituyó al que era contemporáneo al muro septentrional. Los materiales hallados fueron realmente escasos, reduciéndose a unos pocos fragmentos, en los que se incluyen algunos con vedrío melado de época contemporánea.

Algo similar ocurrió con la actuación en el interior de la nave. Tras la eliminación de la parte correspondiente del banco corrido de obra y de los suelos contemporáneos, los rellenos inferiores descubrieron la base de roca natural, sin ninguna traza del suelo original, ni restos de estructuras anteriores al muro norte de la nave. Sí se apreciaba, por el contrario, la diferencia de fábrica entre el pilar del arco y el paramento del muro, evidenciando lo que se había observado ya en 2006, la relación de posterioridad entre el ábside y el muro septentrional de la nave. Aquí los materiales recuperados eran de la misma naturaleza que los hallados en la excavación del área del pórtico, cerámicas no esmaltadas y una esmaltada, de adscripción mudéjar. Al repertorio cerámico acompañó el hallazgo de una moneda, una blanca de vellón de los Reyes Católicos, que define el espacio cronológico de las últimas reformas de la nave a partir de finales del s XV.

- Año 2009

Aunque el objetivo básico de las intervenciones anteriores había sido la de fijar de manera definitiva el momento de construcción de N<sup>a</sup> S<sup>a</sup> del Val, no se consiguió aportar pruebas concluyentes que permitieran adscribir este templo, sin género de dudas, a la etapa visigoda o a un periodo posterior. Por



tanto, la intención primordial de esta nueva actuación era la de aclarar la atribución de las distintas fases constructivas de este templo, y más concretamente la de determinar la cronología de su origen.

La intervención planteada en el 2009 se concibió con un carácter unificador, es decir, con la intención de integrar todas las intervenciones de campañas anteriores, con el objeto de tener, finalmente, una visión de conjunto de la realidad arqueológica de la ermita de la Virgen del Val. Así pues, los puntos de actuación se dispusieron tanto en el interior como en el exterior del edificio. En el interior de la ermita se consideró necesaria la excavación íntegra de toda su superficie, tanto la nave como es ábside, con lo que se unificaban las intervenciones realizadas en 2006 y 2007 en un único contexto. Esto incluía el desmontaje del banco corrido, adosado al muro septentrional de la nave, y del coro, levantado en el fondo occidental de la misma, por lo que se consideró un punto de actuación autónomo. En el exterior, se continuó con el criterio unificador a la hora de establecer las áreas de intervención. De esta manera, los trabajos se centraron en una excavación a lo largo del perímetro del ábside, que conectara las intervenciones en los entronques de este con los muros de la nave, que se llevaron a cabo en 2006. También se unieron con un sondeo al pie del muro septentrional de la nave, las excavaciones que se realizaron tanto en el 2006, junto al ángulo noreste de la nave, como en el 2007 en el ángulo noroeste de la misma. De esta manera, quedaba completamente excavada la ermita de N<sup>a</sup> S<sup>a</sup> del Val, tanto en su espacio interno como en el perímetro circundante.

La actuación en el interior de la ermita se inició con el desmontaje sistemático de la estructura del coro. Esta intervención del coro se planteó en principio como paso previo a despejar completamente el espacio de la nave de la ermita y tener por fin una visión de todo el conjunto. Por una cuestión de coherencia metodológica, el desmontaje se realizó siguiendo un procedimiento sistemáticamente arqueológico. En seguida se comprobó que





toda la estructura era muy moderna, ya que el muro que sostenía la plataforma del coro y al que se adosaba el banco corrido, se apoyaba en el enlucido interno de la nave. Además, la base de la estructura de contención no apoyaba en una cimentación que llegase hasta la base de roca, como sucedía con el resto de los muros de la iglesia, sino que se asentaba sobre el depósito de tierra que nivelaba la propia nave. Su relativa modernidad quedaba confirmada por los rellenos que constituían los fundamentos del coro: arenas sueltas y gran cantidad de escombros, junto con fragmentos de enlucidos previos al revoque blanco que unifica todas las superficies interiores del edificio, dando la impresión de que se reutilizaron los restos de obra de la reforma que dio paso al coro para completar su alzado.



La excavación del coro aportó el sorprendente hallazgo de un enterramiento, metido en los rellenos del alzado del coro. Dentro de una fosa sencilla y sin estructuras, el cuerpo estaba depositado sin ningún tipo de preparación, directamente sobre el fondo de la fosa, en posición decúbito supino con la cabeza en el extremo norte. Esta orientación norte-sur no es



común en los enterramientos dentro de las iglesias, aunque hay que imaginar que la posición vino forzada por características del espacio que se utilizó.

La cronología de la construcción del coro queda como una cuestión sin dilucidar, ya que no se puede establecer más que una aproximación relativa, debido a la escasez y poca significación del material arqueológico que se recuperó, una constante, por cierto, repetida en todas las áreas de intervención. El recobrado aquí mostraba ejemplos bastante modernos, como son los vidriados completos, de alcohol de alfarero, esmaltados en blanco, etc. Como la estructura en sí se apoyaba sobre la capa de enlucido inmediatamente anterior al enlucido actual, consideramos que esta obra correspondería a la última fase de reformas realizadas en la ermita, contemporáneas a la instalación del retablo del altar, hacia mediados del s. XVIII, aunque esto no es más que una conjetura, ya que hay constancias de obras aún más modernas en el edificio, como confirmó el hallazgo de una moneda de la primera república en los fundamentos del pavimento del pórtico actual. (Balado y Garnelo, 2008; 64)

Aunque ya se habían realizado dos intervenciones anteriores en el interior de la ermita, como se ha mencionado más arriba, en las que no se apreciaron restos de las fases más antiguas de ella, sus limitadas extensiones hacían que los resultados obtenidos no fuesen concluyentes. Se hacía necesario, pues, abrir definitivamente todo en interior del edificio, tanto la nave como el ábside, para obtener una visión completa de los elementos conservados, desde las fases previas, a los muros visibles en la actualidad. En la nave, tras la retirada de los elementos más modernos: el coro, el banco corrido del lado septentrional y occidental y el solado de cemento con su preparado, la estratigrafía que ofreció la excavación, resultó ser muy pobre, un hecho ya constatado en las intervenciones de los años 2006 y 2007. Sólo apareció un único depósito arenoso de nivelación en la totalidad de la superficie de la nave, que se apoyaba directamente sobre la base de roca, sin



que hubiese otros elementos estructurales previos más que una serie de rebajes en la arenisca, por el área central de la nave, sin una función identificable. Más significativo fue el hallazgo de un enterramiento de un adulto en el cuadrante noroeste de la nave, cuya fosa, de forma alargada e irregular, se había excavado directamente en la roca, con una orientación Este-Oeste. Esta tumba habría que ponerla en relación con la descubierta a los pies del pilar sur del arco triunfal en 2006, y no con el enterramiento aparecido en el desmontaje del coro. Sin ningún elemento de ajuar en su interior, la cronología de esta tumba se hace incierta. Dado que no había ninguna marca o señal de un sepulcro en el solado que se desmontó, y la fosa estaba cubierta por el depósito de nivelación, el enterramiento debería de ser anterior a la última reforma realizada en la estructura de la nave, y como, por otro lado, en 2007 se recuperó una moneda de época de los Reyes Católicos en el interior del depósito de nivelación (Balado y Garnelo, 2008; 98), podríamos establecer un *terminus ante quem*, para el momento de la inhumación, de finales del s. XV.

Con todo, el descubrimiento más interesante tras la retirada completa del depósito de nivelación, fue el de un entalle realizado sobre la base de roca arenisca a modo de banco corrido, que nacía en el cuarto más occidental de la nave, en paralelo a su muro norte, y que luego gira en ángulo recto para continuar en paralelo al muro oeste hasta recorrer todo el ancho de la nave. Sobre su superficie se asientan tanto la cimentación del muro norte como la del muro oeste de la nave, a pesar de ser de fases constructivas diferentes. Este hallazgo resulta ser un buen indicativo de cuál sería la longitud de la nave original del edificio antes de las sucesivas reformas sufridas por él. Desde la intervención del año 2006 se había considerado que la nave de la primera fase de la ermita era más ancha que la actualmente visible (Balado y Garnelo, 2007; 46-94). Como el entalle en la roca se alinea en paralelo al muro reformado de la nave, más estrecha, el punto de arranque de éste indica hasta dónde podía llegar la longitud de la nave primitiva antes





de su modificación. Con la reforma de la nave se amplía la longitud de ésta, y, ante la necesidad de mantener la cota del solado del templo, se socavó ligeramente la para continuar el nivel de la cabecera, creando así este escalón, ahora visible tras excavarse el relleno de nivelación.

La excavación del interior de ábside, por su parte, revestía el máximo interés, ya que, al fin y al cabo, se trataba de la estructura más antigua reconocida en la ermita, por lo que los restos de estructuras o el material arqueológico que se llegasen a encontrar, podían confirmar la fecha del s. VII como la de construcción original de N<sup>a</sup> S<sup>a</sup> del Val. Para empezar, tal como se advirtió en la actuación de 2006, la estratigrafía del ábside se reveló mucho más compleja que la de la nave. Tras levantar el suelo más moderno, se advirtieron tres fosas paralelas a los muros del ábside y contemporáneas entre sí, que cortaban los suelos más antiguos. Esto sugería que el espacio sufrió reformas en su organización. Estas fosas podrían interpretarse como el apoyo de estructuras adosadas a los laterales del ábside, con el fin de guardar los elementos propios del culto, aunque, de esas estructuras no queda ningún vestigio. Estas tres fosas cortaban un suelo formado por una sucesión de capa de saneamiento de cal sobre un preparado de suelo formado por arcilla mezclada con pequeños fragmentos de calizas que llegan a adosarse a la considerada cimentación original del arco triunfal de la ermita y que ya fueron localizados parcialmente en la campaña de 2006. Bajo estos dos preparados del suelo se halló igualmente otro depósito compuesto por tierra de matriz arenosa mezclada con calizas trituradas que contenía alguna



intrusión esporádica de fragmentos pequeños de tejas, y que parece ser la preparación vertida para asentar el suelo anterior. Durante la excavación de estas capas, se recuperó muy poca cantidad de material cerámico, pero entre los fragmentos recogidos dos de ellos resultan bastante interesantes, ya que son fragmentos vidriados (uno con esmalte blanco y otro con vidriado de tonalidad verdosa en las caras interior y exterior). Si asumimos que estos estratos son coetáneos, pues forman parte del mismo momento de fábrica de una superficie de circulación, y así se reconoce en el informe correspondiente a la campaña de 2006 (Balado y Garnelo, 2007; 41-42), nos puede dar la referencia del momento en que se reforma la estructura del arco triunfal, ya que todas estas unidades se adosan a los restos de la cimentación primitiva, y que lo situarían a partir de los últimos siglos de la Edad Media. Este material, por su parte, invalida la cronología establecida para estos depósitos, a partir de una pieza de pretendida adscripción visigoda hallada en el sondeo bajo el arco, utilizada para confirmar que se trataba del suelo original de la ermita. (Balado y Garnelo, 2007: 52). Bajo este suelo se halló una capa de cal, de muy escasa potencia, y una base de arcilla muy limpia. Esta arcilla nivelaba las irregularidades de la base geológica y puede corresponder con el vestigio más antiguo de las actividades para preparar el pavimento del ábside, ya que esta capa de arcilla también cubría el depósito de arena que rellenaba la única zanja de cimentación hallada en el ábside, la correspondiente al muro septentrional de éste, que corta la roca, ya que tanto el muro sur como el muro este se apoyan directamente sobre la base geológica. Lamentablemente, en el relleno de esta zanja no se recuperó material significativo que pudiera clarificar la cronología de la construcción. Junto al entalle para la cimentación del muro norte del ábside, se localizó, con la limpieza completa de la base de roca, otro corte más, relacionado con la fase fundacional de la ermita; una amplia zanja justo debajo de la luz del arco triunfal, que suponemos en relación con la estructura de cimentación del arco primitivo, del que se conserva parte de su cimentación septentrional. La excavación de toda la superficie interior del ábside, sirvió también para



comprobar que aún se conservaba restos de un altar anterior al que hasta entonces se podía ver en la ermita. La identificación de la base del altar antiguo llevó a acometer el desmontaje del más moderno. Se pudo comprobar que éste no era más que un forro de ladrillo trabado con barro, que rodeaba una segunda estructura más estrecha realizada a base de sillarejo de toba y arenisca cogido con mortero de cal y que en su momento dispuso de un enlucido pintado con motivos de bandas y aspas, en colores azul y anaranjado. El segundo altar descansaba a su vez en una base rectangular más ancha, adosada al muro oriental del ábside, realizada con sillar de toba que nos hace imaginar, por tanto, que se trata de la primera hilada del altar original, reformado posteriormente y sustituido por uno más pequeño, que es el que posee la pintura. Los restos de pintura en el segundo altar conservaba parte de la banda inferior que enmarcaba el motivo principal, lo que nos indica la cota del pavimento que estaba relacionado con la reforma del altar, que era más o menos coincidente con la cota del suelo de cal tierra apisonada y arcilla encontrada al comienzo de la excavación.

Como colofón a la intervención en el interior de la ermita, el desmontaje del altar más moderno tuvo un inesperado resultado extra. Al hacerse necesario retirar el retablo que presidía el ábside, para comenzar la intervención sobre el altar, quedó al descubierto la ventana en aspillera a la que hacía referencia Ortego en 1958, (Ortego, 1958; 223) pero también descubrió una gran hornacina de 1,40 por 1,10 metros excavada en el propio lienzo del muro oriental, que cortaba parte de esta ventana. Es de imaginar que esta obra tuvo como función albergar alguna talla o escultura cultural, o incluso el sagrario y que estaría en relación con la reforma del altar antiguo, ya que la cota superior de este altar coincide con la cota inferior de esa hornacina.

La intervención en el área exterior de la ermita se concibió con la misma idea de completar el conocimiento de los fundamentos estructurales





del edificio, por lo que se planteó principalmente en el perímetro en torno al ábside, en donde aún no se había actuado, incluyendo también una porción de terreno en el flanco septentrional de la nave, entre las dos puntos excavados en las campañas de 2006 y 2007. La excavación de esta última, precisamente, se caracterizó por la pobreza estratigráfica, una vez retirada la cobertura vegetal. En ella, solamente había un depósito de tierra orgánica que cubría directamente la roca de la base. Bajo este depósito apareció un entalle recortado en la roca arenisca que corría paralelo al muro septentrional de la nave. Este entalle resultó ser de gran importancia, ya que comenzaba



justo a la altura del punto de unión entre el ábside y la cara norte de la nave y se desarrollaba hasta un punto en el que afloraba un resalte en la arenisca, perpendicular al muro de la nave, y que pasaba por debajo de la cimentación de éste, coincidiendo con el punto en el que comienza el entalle del interior de la ermita. Éste corte en la roca, debe ser lo que queda de la cimentación de la cara septentrional de la nave original, antes de que se ampliase más hacia el Oeste y se estrechase, con lo que tendría sentido que acabase justo a la altura a la que comienza el entalle interior, huella de dicha ampliación. La excavación también permitió ver como la cimentación del muro septentrional

de la nave se apoyaba directamente sobre la base de roca, sin caja de cimentación, sostenida por bloques irregulares de arenisca fijados con gran cantidad de mortero. Además, en la esquina del hombro que hace el ábside con la nave, bajo su cimentación, se pudo apreciar la existencia de dos



sillares de toba que sobresalían hacia el norte y que recuerdan a los sillares que constituyen el esquinazo de la cimentación original del lado sur, coincidiendo con la línea del entalle mencionado, vestigios del primitivo hombro norte de la nave.

La excavación del perímetro exterior del ábside también presentaba sencillez en su estratigrafía. Por su lado norte, tras la cobertura vegetal se definía una capa de tierra orgánica que cubría directamente la arenisca de la base geológica y la cimentación del muro septentrional del ábside. Curiosamente no se apreció ningún tipo de preparado para su asiento, ni tampoco marcas de entalle en la roca, a diferencia de lo que sucede en la parte interna de este muro. Esto se explicaría porque en realidad la zanja del lado interno del ábside pretende regularizar un cambio natural de cota en la arenisca de la base, formando un escalón recto donde apoyar la cara interna del muro, pero con el cambio de cota no se hace necesario otro trabajo similar por la parte exterior. En el lado oriental, bajo la capa vegetal había una pequeña zanja rellena con restos de obra procedentes muy probablemente de la última reforma sufrida por la iglesia. Después se definieron otros depósitos; una pequeña capa de tierra con restos de teja y mortero, indicio de otra reforma más antigua, y un depósito de cierta potencia de tierra arenosa muy limpia que buzaba de sur a norte hasta desaparecer a la altura del ángulo noreste. Este último depósito apoyaba directamente sobre la base de arenisca, pero cubría además nueve estructuras funerarias, excavadas directamente en la roca, de las que se exhumaron las cinco aparecidas en el lado meridional. Todas las excavadas estaban cubiertas por lajas de caliza y eran de forma antropomorfa, orientadas Este-Oeste, con lo que se ponen en relación directa con las cinco encontradas en el exterior durante las campañas de 2006 y 2007. Este conjunto de sepulturas deben de formar parte de una amplia necrópolis asociada a la ermita, que se extendería por el lado oriental y meridional del entorno de la ermita. La retirada del último depósito dejó a la vista, además, dos estrechos depósitos, constituidos por



una mezcla de mortero de baja calidad y pequeños fragmentos de toba. Ambos estaban directamente adosados a lo largo de la parte baja de la cimentación de los muros absidiales. Esta mezcla de toba y mortero, pegados a la cimentación exterior del ábside, cabe interpretarlo como un preparado que tiene la intención de proteger el reborde inferior de la cimentación de filtraciones y humedades, ya que ni el muro oriental ni el meridional tienen caja de cimentación en el lado interior, a diferencia del septentrional, el cual, en cambio, no poseía este reborde de mortero y toba. La cimentación de los muros del ábside resultó ser de grandes bloques de arenisca local, verdosa, sin trabajar, a diferencia de la cimentación de los ángulos noreste y sureste, que se apoyan en dos grandes sillares bien escuadrados y labrados en arenisca, no verdosa sino rosada, propia de la zona interior del valle a unos cinco kilómetros del lugar, esta característica nos induce a pensar que estos sillares bien pudieron ser traídos hasta allí para su reutilización. No hay que olvidar la existencia de las ruinas de la ciudad romana de Termes, relativamente cercana, cuyos edificios han servido durante siglos de cantera a las construcciones de alrededor, incluyendo la ermita románica situada en el mismo cerro de

Tiermes. Uno de esos sillares inferiores, que fundamenta la esquina sureste del ábside, apareció con una de sus caras grabada con lo que resultó ser un tablero para un



juego de alquerque de doce peones; un rectángulo con su interior dividido en 32 casillas triangulares, que se crean como resultado de cruzar cinco líneas paralelas verticales con otras cinco líneas paralelas horizontales y,



posteriormente, cortarlas con sus respectivas diagonales. Este juego es bien conocido en la península a través del llamado “Libro de ajedrez, dados y tablas”, de Alfonso X el Sabio. y que tuvo amplia difusión a lo largo de toda la Edad Media. Aparece vinculado por norma general a edificaciones donde hay o ha existido una fortaleza o un edificio religioso (Costas e Hidalgo: 1997; 50-52), lo que tiene interesantes implicaciones en cuanto a la cronología del edificio.

- Año 2010, el final de las intervenciones arqueológicas

Con el fin de acometer las obras de acondicionamiento y consolidación de las estructuras de la Ermita de N<sup>a</sup> S<sup>a</sup> del Val dentro del Proyecto Cultural Soria Románica, los servicios técnicos de La fundación Duques de Soria, elaboraron un proyecto integral que incluía la actuación arqueológica sobre la cubierta de su ábside, y el seguimiento arqueológico de la obra de construcción de drenajes en torno a éste. Dado que era evidente que la cubierta del ábside fue recrecida en un momento indeterminado, generalmente considerado el s. XII, en el periodo de desarrollo del estilo románico por los canecillos que decoran sus aleros, pero que no tenía que ser forzosamente el mismo momento que se levantase la cubierta interior del ábside, se planteó una intervención siguiendo el método arqueológico sobre la cubierta visible para conocer el sentido del relleno de la bóveda.

Esta intervención llevó a la definición de tres fases distintas en el desarrollo de las reformas que sufriera la cubierta del ábside de esta ermita. Una primera, que se correspondería con la bóveda de cañón, construida con bloques de toba que se puede ver en el interior, y con los vestigios de un tejado de vigas de madera y tejas que se han hallado sobre el extradós de la bóveda; esta fase de la cubierta correspondería con la línea de canecillos recortados, visibles en la fachada septentrional y meridional del ábside. Una segunda fase sería el recrecido de los paramentos perimetrales, junto con la adición de los materiales de relleno, que se apoyan en el extradós de la



bóveda, un parche que cubre el punto de unión entre la bóveda y el muro del arco triunfal, y los restos de un armazón de madera de un segundo tejado, que cubría este recrecido. Una última fase, estaría en relación con la transformación final de la nave. Dado que en una fase posterior se reduce el ancho de la nave al alinear su muro meridional con el muro sur del ábside, se hace necesario mover el eje del tejado de la nave hacia el norte para equilibrar la cubierta, con lo que se modificó el punto de unión con la cubierta del ábside y se nivelaron las dos, poniéndose las cubiertas a la misma altura.

La cronología de estas reformas viene determinada por el material hallado en el relleno sobre la bóveda, perteneciente a la segunda fase, en donde se recuperaron fragmentos de material cerámico datables en el s. XV (ARQUETIPO S. C. L., 2011: 15). Este hallazgo complica un tanto la interpretación de las reformas en el ábside, porque así la cronología asumida de mediados s. XII para el recrecido de la cubierta (Balado y Garnelo. 2007.: 44) no puede sostenerse y, sin embargo, el estilo de los canecillos en los aleros nos sitúan en un románico primitivo de finales del s. XI o comienzos del s. XII. La explicación estaría en que, o bien los canecillos se reutilizaron de la primera cubierta, con lo que fecharía la construcción en ese momento, o bien el recrecido visible es efectivamente de entre fines del XI y comienzos del XII, y el material recobrado no pertenece a la segunda fase, sino que se ha filtrado de la tercera, que forzosamente debe ser posterior al s. XV, ya que el retranqueo y nivelación de las cubiertas vinieron forzados por la reforma del muro sur de la nave, establecida en el s. XVI (Balado y Garnelo, 2007: 43-96). En ese sentido se expresa el equipo de arqueólogos de Arquetipo, que colocan la fecha de la reforma final de la cubierta en el s. XVI (Arquetipo S. C. L., 2011: 16).

### **III.- Nuevos hallazgos, nuevas interpretaciones.**

Como se ha comentado en su momento, la aproximación a la historia y desarrollo de la Ermita de Nuestra Señora del Val se había hecho desde





supuestos meramente estilísticos. Después de las cuatro intervenciones arqueológicas descritas en los apartados anteriores, se pudieron añadir a aquellos estudios un gran volumen de datos, pruebas y evidencias materiales, que iban a definir con más claridad cuestiones como el uso del edificio como lugar de enterramiento, o las múltiples modificaciones y alteraciones que este mismo edificio ha sufrido, además de aportar testimonios precisos para fijar los tiempos, los períodos de sus cambios y transformaciones. Datos todos que nos obligan a la revisión de las interpretaciones establecidas anteriormente para este templo.

#### 1. Nuestra Señora del Val, espacio funerario.

Aunque en el comienzo del cristianismo, los enterramientos de los prosélitos de la nueva fe, se hacían en los mismos lugares ubicados a los lados de las vías de acceso a los núcleos de población, que tradicionalmente se usaban en el mundo romano, enseguida se verían atraídos por sepultarse cerca de los espacios eclesiales, allí donde se encontraban los cuerpos de los mártires, a los que se les esperaba tener como intercesores en el momento del Juicio Final. La costumbre se hizo tan extensa que ya en el año 561, el concilio de Braga, desaprobaba el enterramiento en las basílicas donde estaban los mártires, y que en todo caso se hiciese en los alrededores de sus muros (Bango, 1992; 94). Si bien esta medida, en principio no tuvo un éxito muy generalizado, el XII concilio de Toledo, celebrado en el 681, fue mucho más riguroso a la hora de aplicar la prohibición de los enterramientos en el interior del espacio sagrado. El interior de los templos quedaría reservado únicamente para personajes de especial santidad o prestigio, permitiéndose los enterramientos en los espacios contiguos a las iglesias hasta una distancia de doce pasos en torno suyo (Bango, 1992; 95). La norma de los doce pasos se mantuvo más o menos estrictamente hasta bien entrado el s. XII, considerándose el espacio más cercano a los pórticos entre los más privilegiados. Sin embargo, con la difusión del románico, llegan nuevas ideas



desde el occidente europeo, entre ellas el derecho de enterrarse en espacio sagrado. Así, a partir del s XII, se irá conquistando paulatinamente el espacio interior de los templos para el descanso de las almas de los fieles que pudieran permitírselo, y en relación con ello, el cementerio exterior irá perdiendo importancia y prestigio, aunque desde los legisladores hasta la jerarquía eclesiástica se siga censurando dichas prácticas (Bango, 1992; 107). La costumbre se acabó por generalizar de tal modo, que en el reinado de Carlos III, para “terminar con el hecho de que los templos se han convertido en depósitos de podredumbre y corrupción”, se emite una real cédula en 1787 en la que se prohíbe taxativamente el entierro en el interior de las iglesias, ordenando la construcción de espacios específicos para las sepulturas en los municipios. (Santonja, 1998: 33-44)

Lo cierto es que el espacio de N<sup>a</sup> S<sup>a</sup> del Val, como la práctica totalidad de las iglesias, ha servido de lugar recurrente para la inhumación de personas a lo largo de mucho tiempo. Ya desde la primera intervención arqueológica de 2006, se descubrieron enterramientos tanto en el exterior como en el interior de la ermita. Los hallazgos de 2007 y 2009 confirmaron la existencia de una amplia necrópolis en las inmediaciones del edificio, y, así mismo, mostraron el uso del interior de la iglesia como lugar funerario, aunque en mucha menor medida.

Lógicamente hay que hacer una distinción entre los sepulcros encontrados en el exterior de la ermita y los del interior de la misma, y aún entre tipos diferentes dentro de esta agrupación.

En el espacio funerario del exterior de la ermita, deberíamos distinguir los enterramientos dentro de estructuras preparadas, de lo que podríamos llamar “enterramientos ocasionales”. Estos enterramientos ocasionales serían los dos esqueletos infantiles hallados en la excavación realizada en la unión ente el muro septentrional de la nave con el ábside. Estos cuerpos fueron sepultados en una fosa sencilla y sin ningún tipo de preparación, a poca



profundidad y sin ajuar. Su orientación no es muy rigurosa, y se colocan pegados a la cimentación del muro para aprovechar su estructura como un flanco de la fosa. Dado que los cuerpos eran de infantes de muy corta edad: un neonato y un infante de menos de 6 meses (Balado y Garnelo, 2008, anexo II; 8) no debieron merecer un entierro más complejo, muy probablemente porque no llegasen a ser bautizados.

El grupo de los enterramientos realizados en estructuras preparadas como tumbas, pertenecen en realidad a un mismo conjunto, a una necrópolis relacionada directamente con el templo.

Se halló la primera de estas tumbas en la campaña de 2006. Con la intervención de 2007 se descubrieron cuatro más y en la excavación de 2009 fueron definidas nueve estructuras más. De las catorce tumbas se llegaron a excavar nueve, ya que las demás estaban parcialmente metidas más allá de los límites del área de excavación. La opinión de que se tratan de sepulturas de una misma necrópolis se fundamenta en una gran uniformidad formal. Todos los enterramientos tenían orientación Este-Oeste, y seis de ellas aún conservaban lajas verticales a modo de estelas que señalaban la posición de las tumbas. Ninguna de ellas presentaba signos de haber sido expoliada o alterada de ninguna manera. Disponían de estructura de cubierta hecha de grandes lajas de piedra arenisca y, en menor medida, caliza y toba, que se encajaban en una fosa rectangular excavada en la roca de la base geológica. Esta fosa rectangular reducía su tamaño en el fondo, adquiriendo una planta antropomorfa, donde se encontraban los restos óseos. Las siluetas antropomorfas de las tumbas diferían bastante, en cuanto a sus dimensiones, del reborde rectangular de la superficie y tenían el hueco para la cabeza en el extremo occidental de la fosa, con forma de herradura, rasgo característico, según Castillo, de las tumbas antropomorfas occidentales (Castillo, 1972; 5). De las tumbas exhumadas, siete eran infantiles, y de las dos adultas, una contenía una reducción de un cuerpo anterior, con lo que el total de individuos



recuperados es de un total de diez. Las tumbas encontradas en 2006 y 2007, se hallaban en torno al pórtico, mientras que las halladas en 2009, estaban en las inmediaciones de los muros meridional y oriental del ábside, muy juntas unas de otras. Curiosamente, del lado septentrional y occidental, esta necrópolis no parece extenderse.



Todos los esqueletos estaban en posición decúbiteo supino, con la cara mirando al este, tenían los pies en paralelo pero la posición de los brazos variaba; el los enterramientos adultos y uno de los infantiles tenían las manos



cruzadas sobre el abdomen, mientras que los demás los tenían en paralelo al tronco.

El estado de conservación de los restos óseos variaba mucho de un enterramiento a otro, variación causada por las diferencias en las edades de los individuos, dependiendo de la madurez o inmadurez en el desarrollo de los huesos. En general todos estaban en conexión anatómica, menos, lógicamente, el esqueleto reducido. Ninguno, sin embargo, mostraba huellas de lesiones serias, con lo que las causas de las muertes no fueron violentas ni producidas por enfermedades que dañen el tejido óseo.

En ninguna de las tumbas se llegaron a recoger elementos de ajuar, ni ningún material asociado a los enterramientos que pudieran fijar una datación cronológica precisa de la necrópolis, pero, debido a las similitudes formales entre ellas, podemos pensar que, eran todas más o menos contemporáneas entre sí. La ausencia de material nos obliga a establecer una posible cronología confiando en paralelismos con otras necrópolis. El estudio de E. Castillo, pionero en la investigación de las necrópolis rupestres en la península, consideraba las tumbas antropomorfas más modernas que las rupestres en forma de bañera o fosa simple, pero de mayor antigüedad que las de lajas, dándoles una cronología en torno a fines del siglo X o comienzos del XI (Castillo, 1970; 838-840), a partir de sus trabajos en necrópolis del valle del Llobregat, asumiendo que la difusión de este tipo de tumbas iba pareja con el proceso de reconquista y repoblación. De la misma manera, al ampliar sus estudios al ámbito de la Meseta Norte, mantuvo la idea de la introducción de las tumbas antropomorfas junto a los primeros esfuerzos repobladores en el alto valle del Duero, al datar las más cercanas necrópolis sorianas de Duruelo de la Sierra o Covalada en el siglo X (Castillo, 1970; 6-7).

Por su parte, en su amplio estudio sobre necrópolis medievales en la provincia de Soria, De la Casa establece la misma cronología de los siglos X-





XI (de la Casa, 1992: 139-148) para la mayoría de ellas, haciendo excepción de la de Ágreda, apoyándose en materiales asociados, la cual amplía hasta el siglo XV. Desde luego, no hay que considerar una fecha tan tardía para la necrópolis asociada a la Ermita, ya que el contexto de la de Ágreda es el de un núcleo urbano que alcanza notoriedad a lo largo de la Edad Media, mientras que ésta se reduce a una iglesia de ámbito rural. Hay que pensar que, aunque este tipo de tumbas en Soria puede tener una cronología tan temprana como el s. X, la fecha más antigua para las tumbas de la necrópolis de N<sup>a</sup> S<sup>a</sup> del Val, debería estar en el momento en que se consolida el dominio castellano en estos territorios, en torno a la segunda mitad del s. XI o principios del s. XII (la diócesis de Osma se restaura en 1101), aunque más allá del s XII, este tipo de sepulcros, comienzan a abandonarse.

Los enterramientos en el interior de la ermita difieren por completo de los del exterior, aunque aquí también debemos separar los dos enterramientos excavados en la roca del interior de la ermita, del hallado en el interior del relleno de la obra del coro.

Los dos enterramientos que se realizaron excavando en la base de roca de la ermita corresponden a un infante de menos de seis meses (Balado y Garnelo, 2008, anexo II; 5) hallado bajo la luz del arco triunfal en 2006, y a un adulto, descubierto el año 2009 en el cuadrante suroeste de la nave (Delgado y Villanueva, 2009; 52). Ambos sepulcros se encontraron sin ningún tipo de cubierta, sino que estaban directamente bajo los depósitos de nivelación de los pavimentos modernos del edificio. Aunque los tamaños difieren mucho, la forma de las fosas son muy parecidas, alargadas y estrechas, apenas con espacio para albergar el cuerpo. En el caso del enterramiento adulto esto se hace más evidente, los restos están en una postura un tanto forzada, con el hombro izquierdo sensiblemente más abajo que el derecho, los brazos en paralelo muy pegados al cuerpo y los pies casi a la misma cota que la cara, aunque las caderas están bastante más abajo,



tocando el fondo de la fosa, lo que ha llevado a considerar que sea una tumba reaprovechada, aunque no se han encontrado más restos óseos que los de un solo individuo. Las fosas tienen el contorno un tanto irregular y tanto la cabecera como los pies son redondeados. Las dos tumbas tienen la misma orientación Este-Oeste, y los cuerpos se disponen de la misma manera, decúbito supino, con la cabeza en el extremo oeste de la fosa y los brazos en paralelo al cuerpo. No se ha encontrado ningún objeto de ajuar que

permitiese establecer una cronología, aunque en la fosa del adulto, el cuerpo estaba literalmente envuelto en cal, y en esa cal aún se había conservado partes del lienzo que debió usarse como sudario. La falta de elementos datables, no permite más que una aproximación relativa a la fecha de estos enterramientos. No es absurdo presuponer, dado el parecido formal, que las dos tumbas sean más o menos contemporáneas entre sí. Como se



comentaba en el informe de las intervenciones de 2006, en el libro de difuntos de la parroquia, no se hace referencia a enterramientos en el interior de N<sup>a</sup> S<sup>a</sup> del Val (Balado y Garnelo, 2007; 103), por lo que hay que entender que estos enterramientos son anteriores. Por otro lado, ya se ha comentado más arriba, que sólo se comienzan a consentir enterramientos en el interior de espacios



sagrados con la introducción del románico en Castilla, a partir del s. XII, salvo para personajes especialmente notable, aunque en estas tumbas no hay nada que nos pueda indicar notoriedad, por lo que valdría como un primer terminus post quem. Por otro lado, el enterramiento adulto estaba bajo los depósitos de nivelación de la nave, donde se halló una moneda de época de los Reyes Católicos, una blanca de Vellón, (Balado y Garnelo, 2008; 98) que vendría muy bien como Terminus ante quem, por lo que podríamos poner la fecha entre fines del s. XII y fines del s. XV, muy probablemente en el periodo bajo medieval para el enterramiento adulto, dada la cronología de la escasísima cerámica encontrada en las excavaciones. Una cronología que podríamos hacer extensible al sepulcro de infante, ya que este fue hecho, rompiendo los restos que quedaban de la cimentación original del arco triunfal, es decir, con la reforma ya hecha.

El enterramiento en el coro, quizás sea el caso más notable de los tres. Aunque tampoco está registrado en el libro de difuntos, esta sepultura es contemporánea a las últimas actividades constructivas realizadas en la ermita, que comprendieron la construcción de este coro. Enterrado en una fosa sencilla realizada en los rellenos de arena y cascotes que constituían los fundamentos de la estructura del coro, se orientaba Norte-Sur, por la falta de espacio. Depositado sin ningún tipo de preparación, directamente sobre el fondo de la fosa, el cuerpo estaba en posición decúbito supino, orientado Norte-Sur, con la cabeza en el extremo norte. Los restos óseos estaban muy bien conservados y en conexión anatómica, con los brazos cruzados sobre el vientre. El cuerpo se enterró sin ningún tipo de ajuar ni adorno (a excepción de un pequeño botón de nácar de apenas 8 mm. de diámetro). El cuerpo pertenecía a un hombre de avanzada edad, ya que sólo conservaba una pieza dental, bastante desgastada, pero los alvéolos en la mandíbula donde se sitúan las piezas dentales, estaban prácticamente cerrados por el crecimiento del tejido óseo sobre los huecos de la dentadura ya perdida. No es una costumbre desconocida la de enterrar en los coros, iniciada en



España ya entrado el s. XIII. Generalmente, este espacio quedaba reservado a quienes tenían una relación especialmente entrañable con la comunidad que regía el templo; así pues, al obispo Mauricio, iniciador de las obras de la catedral gótica de Burgos, se le enterró en 1238, en medio del coro, al igual que al obispo de Sigüenza, Girón de Cisneros, patrocinador de importantes obras en la catedral, se le enterra en el centro del coro en 1326. (Bango, 1991; 119). No tenemos ningún dato que pueda confirmarlo, pero con lo anteriormente expuesto, es bien fácil de imaginar que nos encontremos ante los restos de un párroco especialmente querido por la feligresía, o un importante benefactor de la iglesia de N<sup>a</sup> S<sup>a</sup> del Val, quizás del promotor de las obras del coro y el altar nuevo.

## 2. Diferentes aspectos de un mismo templo

Ya desde su primer artículo sobre la Ermita de Nuestra Señora del Val, Ortego describía que en una simple observación se podían diferenciar dos fases en el edificio, en la que la más antigua se apreciaba en las hiladas inferiores del ábside, mientras que era visible un recrecido en el tercio superior de este. A la fase de la fábrica que supuso el recrecido del ábside, atribuía también la falta del hombro meridional en la nave y la reconstrucción total del lienzo sur. Aún imaginó un último momento constructivo, en relación al hastial occidental, que consideraba reconstruido completamente para prolongar su longitud con el cierre oeste del pórtico, y en el que identificaba partes de un arco reutilizado de algún momento anterior, sobre la puerta procesional de éste lado. (Ortego, 1958: 222-230).

Sin embargo, las sucesivas intervenciones arqueológicas presentan un panorama mucho más complejo. Tanto el estudio de los paramentos como las excavaciones realizadas en 2006, confirmaban a las claras la total diferencia de fábrica entre el ábside, y la nave. Tras estas intervenciones se comprobó fehacientemente que el muro septentrional de la nave, más antiguo que los muros meridional y occidental, tenía a su vez una relación de posterioridad



con respecto al muro correspondiente del ábside. Por su parte, las excavaciones al pie de los extremos orientales de la propia nave, dieron a conocer que el templo en su planta original era más ancho, al hallarse restos de la cimentación de un hombro estructuralmente contemporáneo al ábside y que se separa de éste 1,10 metros, lo que hace a la nave primitiva unos 50 cm más grande por cada lado (Balado y Garnelo, 2007; 23). También se pudo constatar cómo el arco triunfal actualmente visible difiere por completo del que fuese el arco original, siendo el de ahora bastante más grande. El descubrimiento de la cimentación de los pilares originales en el interior de la ermita, demostraron que en un primer momento este arco tenía una luz de unos dos metros tan sólo, a diferencia de los 3,50 metros del actual. En el reconocimiento del aspecto que debía tener la Iglesia de N<sup>a</sup> S<sup>a</sup> del Val, tuvo una importante aportación la campaña de 2009, al salir a la luz la cimentación del primitivo muro septentrional de la nave, y descubrirse el entalle en la roca en el extremo occidental de esta.

Así pues, se podía observar cómo era más ancha la nave inicial, pero, sobre todo, más corta, ya que la cimentación original termina a la altura en que comienza, por dentro, el escalón del entalle por donde se apoya el muro actual de la nave más estrecha. De esta manera la iglesia primera tendría una nave de unos 6 metros de largo y un poco más de 6 metros de ancho al interior, es decir, casi cuadrada (Delgado y Villanueva, 2009; 138-139), con un arco triunfal más estrecho, de dos metros de luz, que daría paso a un ábside también casi cuadrado de 5,95 metros de largo por 6,60 metros de ancho.

Aunque no hay indicios que lo demuestren, la entrada estaría presumiblemente en la cara sur de la nave. Posteriormente la nave se estrecharía al exterior 40 cm por cada lado, aunque al interior la diferencia no sería tan acusada porque los muros de esta reforma tenían bastante menos espesor, pero el cambio más evidente estaría en la ampliación de la longitud

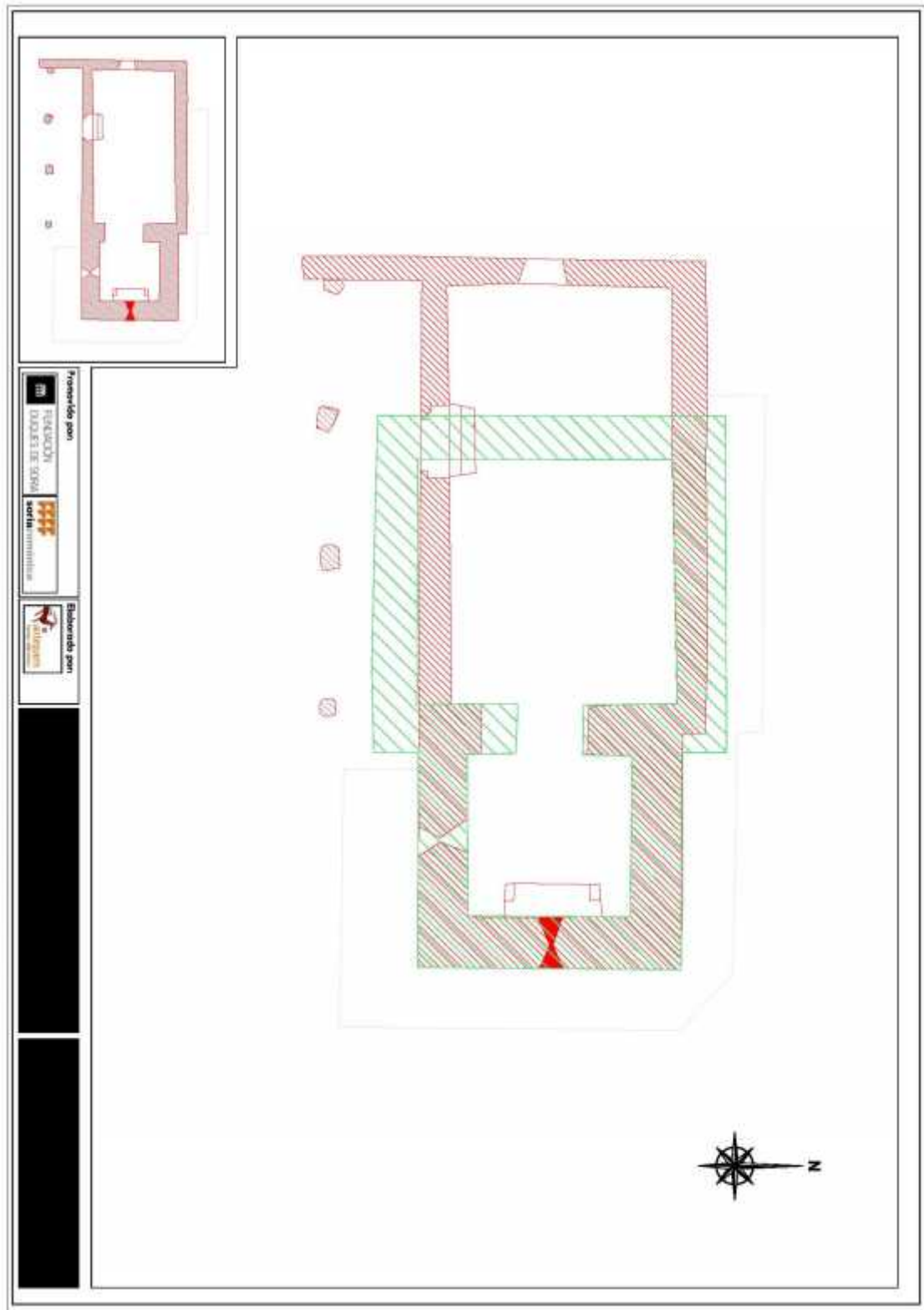




de la nave al añadirsele casi 4,5 metros hacia el Oeste, acompañado muy probablemente con la modificación del arco triunfal. Como se comprobó con las excavaciones de 2007, a la nueva nave se le añadiría un pórtico de obra anterior al actual soportal de postes de madera (Balado y Garnelo, 2008; 67)



Historia Digital colabora con la Fundación ARTHIS

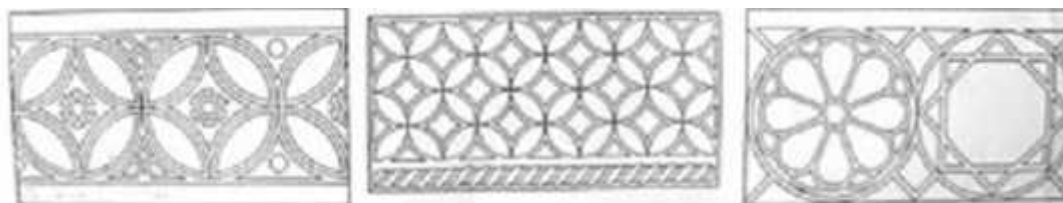


Otros cambios importantes sufriría aún la iglesia de N<sup>a</sup> S<sup>a</sup> del Val, entre ellos el realzado de la cubierta del ábside en algo más de metro y medio (ARQUETIPO S. C. L., 2010; 15), la reconstrucción completa de los muros meridional y occidental, a la que pertenece el actual acceso con arco de medio punto, y que sería cuando también se abriese la puerta procesional, en el lado de poniente, con la adición final de un muro, que apoyándose en el ángulo sur del hastial occidental, cierra por el Oeste el soportal de postes, toda vez que el anterior estaría completamente arruinado (Balado y Garnelo, 2007; 44). La última obra de envergadura no sería visible desde el exterior, pues incluiría la construcción del coro y el banco corrido, lo que cegaría la puerta procesional del Oeste, además de la modificación del altar decorado y la apertura del nicho en la pared oriental del ábside.

### 3. Fases y fechas: a vueltas con la cronología

En su artículo de 1958, Teógenes Ortego estableció una precisa cronología de mediados del s. VII para la fase más antigua de la fábrica de N<sup>a</sup> S<sup>a</sup> del Val (Ortego, 1958: 229). La aseveración la fundamentaba en un estudio estilístico comparativo de cinco sillares con decoración geométrica tallada a bisel, en la que reconoce elementos propios del arte visigodo. Así, establece paralelos con los frisos geométricos de San Juan de Baños, en Palencia, y con algunos fragmentos de frisos recuperados en Mérida. También halla reflejos de la orfebrería visigoda en estos sillares decorados, encontrando similitudes en las composiciones de estos con la corona de Recesvinto, del tesoro de Guarrazar, que quizás es lo que le induce a ajustar la fecha de construcción de la ermita justo en el reinado de este monarca (653-672). También ve en el entrelazado de círculos tangentes trasuntos de los motivos comunes de la zona levantina y andaluza, mencionando Los Aljezares y la Alberca en Murcia y La Guardia en Jaén.





Desde entonces, la cuestión sobre la cronología de la primera fábrica de este templo, no ha estado realmente en torno a si los sillares decorados de N<sup>a</sup> S<sup>a</sup> del Val son o no visigodos, sino si ello basta para determinar la cronología del edificio original en época visigoda, ya que el propio Ortego reconoce que el análisis de los motivos ornamentales le sirven para suplir la falta de otros datos documentales seguros, para fijar la fecha de construcción del edificio. (Ortego, 1958: 226)

Ortego, en la descripción que realiza del edificio, es consciente de que los sillares se encuentran desplazados de su posición original, sin saber cuál sería su lugar en la primera construcción, perdidos tras la ruina provocada por la invasión musulmana y reubicados cuatro siglos más tarde en una reconstrucción realizada, ya en plena expansión del románico. Sin embargo, junto con esta narración de lo acontecido a la ermita, no hay acompañamiento de pruebas documentales o elementos materiales de primera mano, que puedan consolidar esta aseveración. El objetivo central de las últimas intervenciones arqueológicas estuvo precisamente en hallar estas pruebas que permitieran apoyar tales hipótesis.

Sin embargo, el análisis de los paramentos vino a mostrar que los elementos decorativos visigodos estaban embutidos precisamente en estructuras mucho más modernas de lo que se había considerado. Tanto el muro sur como el muro oeste, donde estos se localizan, se tienen como la última reforma que sufre la nave de la ermita, fechada como muy pronto en el s. XVI, un exceso de tiempo para considerar que los elementos decorativos seguían in situ ocho siglos más tarde, pero, a lo largo de todo ese largo tiempo bien se pudieron traer de otro lugar. Ya desde fecha temprana,



algunos autores consideraban que en realidad, los sillares decorados tienen otra procedencia ajena a Pedro. Así pues, J. M. Izquierdo Bertiz el año 1980, en la memoria de Tiermes I, consideraba, por la similitud con los hallados en las excavaciones en torno a la Ermita de Santa María de Tiermes, (con todo el núcleo visigodo con más desarrollo en la zona) que los sillares decorados de la ermita de Pedro procedían, sin género de dudas, de este yacimiento. (Izquierdo, 1980; 324). En el segundo Symposium de Arqueología Soriana, celebrado en 1992, este autor, junto con C. de la Casa, insistirán en esta idea, dada la abundancia de elementos arquitectónicos decorados que iban apareciendo en el yacimiento de Tiermes y también en construcciones de los pueblos colindantes. (de la Casa e Izquierdo, 1992: 1011-1013). Ya antes, Caballero Zoreda en el primero de estos Symposia, considera que todos los ejemplares de sillares decorados visigodos están descontextualizados en el territorio que va de Osma a Tiermes, por lo que no ve indicios para considerar un origen visigodo de la ermita de N<sup>a</sup> S<sup>a</sup> del Val. (Caballero, 1984: 447). Para apoyar la idea de que el origen de los materiales constructivos visigodos tienen un origen incierto, están los hallazgos de fragmentos decorativos visigodos en el entorno de Tiermes, como son los encontrados en construcciones de Valderromán, Noviales, o en Carrascosa de Arriba; todos núcleos urbanos en el entorno a Tiermes, el centro visigodo más grande de toda la comarca. Este yacimiento sería presumible el punto de partida de semejante dispersión de ejemplares. Aún hay autores que consideran que los sillares decorados visigodos de la ermita pueden ser originales de ella, (Gutiérrez. 1996: 16-21), basándose en la constatación de algunas diferencias formales entre las existentes en Pedro y lo que suele ser común en el elenco de las encontradas en Tiermes, Sin embargo, no tienen en cuenta, en primer lugar que el corpus de las encontradas en N<sup>a</sup> S<sup>a</sup> del Val es muy reducido y, sin embargo, también es él mismo variado, con tres esquemas decorativos diferentes en tan solo 6 ejemplares, y que es común la variedad en los motivos decorativos en un mismo edificio, como ocurre en Quintanilla de las viñas, san Juan de Baños o San Pedro de la Nave, con lo





que las diferencias formales ni aseguran ni descartan una procedencia u otra. Pero, de todas maneras, el argumento más importante que nos debe hacer dudar de que el origen de los sillares visigodos, reutilizados en la reformada nave de la ermita, estuvo en el propio edificio, reside en la absoluta ausencia de algún vestigio que nos indique la existencia de un núcleo habitado de época visigoda en Pedro o sus cercanías. No existe en Pedro ninguna construcción de época visigoda, o necrópolis de tal periodo, (La necrópolis asociada al templo ha resultado ser como mucho no más antigua del s. XI). Las colecciones cerámicas recuperadas nos ofrecen un horizonte que se mueve siempre en los dos últimos siglos de la Edad Media, ni tan siquiera se reconocen tipos alto medievales. El único fragmento susceptible de considerarse propio de la cerámica visigoda, ofrece, por sus rasgos característicos, algunas dudas sobre su adscripción cierta, pero, además, su hallazgo se produjo en el contexto de una intervención tan limitada como la realizada bajo la luz del arco triunfal. (Balado y Garnelo, 2007: 52). Tras la continuación del proceso de excavación de los depósitos donde apareció esta pieza, se hallaron materiales esmaltados y vidriados propios del s. XV que anulan sus posibilidades como elemento de datación seguro (Delgado y Villanueva, 2009; 124). Lo cierto es que el único vestigio claramente visigodo en la ermita de N<sup>a</sup> S<sup>a</sup> del Val son los sillares descontextualizados, colocados en la nave durante la reforma del s. XVI.

Existen además, otros argumentos aportados por las excavaciones arqueológicas, que se ponen en frente de la hipótesis de un origen tan antiguo de la ermita de N<sup>a</sup> S<sup>a</sup> del Val. Tras la exhumación de los cimientos exteriores del ábside, como se ha referido en otro momento, se halló, grabado en una de las caras del sillar que fundamenta el ángulo sureste del mismo, el tablero de un juego de alquerque de 12 peones, que se ha mencionado anteriormente. El motivo aparecido en este sillar tiene unas dimensiones de 30 por 26 cm., que como curiosidad, son exactamente las mismas del aparecido en la Catedral de Tui, con lo que es perfectamente



asumible que este grabado hubiese funcionado realmente como tablero en un momento anterior a su uso como base de la cimentación del ábside. (Costas e Hidalgo, 1997: 50) Este juego, que es como un juego de las damas, en la que los jugadores deben “comer” los peones del contrario mientras los mueven por la intersecciones de las líneas del tablero, es conocido a través de la obra de Alfonso X el Sabio, y se considera que fue introducido por los árabes en la Península, estando bastante difundido en toda la Edad Media (Costas e Hidalgo, 1997: 50-52). Aunque no es mucho lo que se sabe sobre juegos de tablero en la antigüedad, algunos autores consideran que este juego ya se jugaba en época romana. Sin embargo, no existen referencias entre las llamadas *Tabulae lusoriae* conservadas, grabadas en los pavimentos de calles, escalinatas de edificios públicos o graderías de circos y anfiteatros de los yacimientos romanos, de modelos como éste, mientras que son frecuentes las *tabulae* para juegos como las de tres en raya, el juego de los ladrones (*ludus latruncularum*), el juego de las doce rayas (*ludus duodecim scripta*), o el llamado alquerque de 9 peones o juego de los molinos (que, como las tres en raya, tiene como finalidad alinear las piezas de tres en tres). De la misma manera las fuentes clásicas no refieren la existencia de un juego parecido al alquerque de 12; ni aparecen su descripción, ni sus reglas (Guillén, 2002: 283-323), (May, 1995: 51-61) hasta las primeras referencias que encontramos en el llamado “Libro de Ajedrez, Dados y Tablas”, de Alfonso X el Sabio. Si bien el interés por los juegos de tablero de la Edad Antigua, es reciente, ya ha generado una cierta bibliografía; en ella, algunos autores consideran que este juego ya estaba extendido en la península en época romana, basándose en el hallazgo de un ejemplar de tablero similar, realizado sobre una base portátil, concretamente un fragmento de ladrillo, procedente del yacimiento romano de Mulva (Villanueva del Río, Sevilla). (Fernández, 1997; 26-35). No obstante, según refiere la documentación de este yacimiento, el tablero encontrado apareció fuera de contexto y sin elementos datables (Schattner, 2003; 191). Además, es conocida la existencia de una comunidad árabe habitando los restos de Mulva, desde



época califal hasta, época almorávide (Schattner, 2003: 106, 159-161), con lo que, al ser un tablero realizado sobre una base portátil, pudo ser perfectamente realizado por algún miembro de la población árabe, aprovechando la existencia de numerosos elementos latericios, apropiados para grabarlo. En la Península en general y en la Meseta Norte en particular, este tipo de tableros aparecen vinculado por norma general a edificaciones donde hay o ha existido una fortaleza o un edificio religioso, (Costas e Hidalgo, 1997: 36), sin ir más lejos, en la iglesia de San Miguel, en San Esteban de Gormaz, hay documentados tres, uno de ellos colocado en vertical, en posición secundaria. Si todo esto es así, la existencia del alquerque, se convierte en un sólido terminus post quem a la hora de establecer el origen a la construcción de la ermita de la Virgen del Val más allá del s. VIII.



Un argumento arqueológico más para considerar que la primera construcción de N<sup>a</sup> S<sup>a</sup> del Val, no corresponde a época visigoda, es la planta original, reconstruida a partir de los hallazgos realizados en 2009. La construcción primitiva tenía planta de nave casi cuadrada, con ábside también cuadrado. Sin embargo, una de las características más peculiares de la arquitectura de estilo visigodo es que el espacio de los templos es muy



compartimentado y se emplea gran variedad de otro tipo de plantas, algunas de tipo basilical otras de cruz griega o combinación de ambas. Los pocos ejemplos de edificios sacros que de época visigoda nos han llegado, son básicamente, o bien templos de plantas basilicales, o por el contrario, edificios con naves centrales con capillas laterales, o plantas cruciformes. Así sucede con Santa María en Quintanilla de la Viñas, (Burgos), San Pedro de la Nave (Campillo, Zamora), o Santa Comba de Bande (Orense) (Durand, Soler y Masafret, 2006; 4-24). Por su parte, las iglesias con la planta de la nave tendiendo a cuadrada, no se identifican en este periodo. Este tipo de iglesias de nave tendente a ser cuadradas, por el contrario, no resultan extrañas en las manifestaciones de la arquitectura prerrománica, como sucede en el prerrománico norteño, ejemplificado con San Román de Moroso (Santander) o San Miguel de Celanova (Orense), pero que también se manifiesta en las iglesias de repoblación del Norte de Castilla, como la iglesia de los Santos Mártires Vidal y Marcelino, en Castillejo de Robledo (Soria), y la ermita de San Baudelio de Berlanga también en Soria (Casillas de Berlanga) como el mejor ejemplo. En definitiva. La planta hallada bajo las estructuras más modernas no correspondería con un edificio visigodo sino con formas bastante posteriores, más bien en un ambiente propio de los primeros esfuerzos de repoblación, inmediatamente posteriores a la reconquista de la zona, en los que se enmarcaría la construcción de otras iglesias como San Miguel de Gormaz, o la ya aludida de San Baudelio de Berlanga, y que iría en consonancia con la cronología de la necrópolis que está asociada al templo

#### **IV.- El resultado final: una reflexión**

Ante todas las ideas expuestas y desarrolladas hasta este punto, es necesario detenerse a considerar la historia de la ermita de N<sup>a</sup> S<sup>a</sup> del Val desde una perspectiva diferente a la que hasta ahora se había tenido. Obviamente, los autores de estas líneas, no consideramos poseer el conocimiento completo de todos los aspectos en torno a este templo, que nos



permita hacer aseveraciones con una total certeza y sin ningún género de dudas; la investigación siempre está abierta a la aparición de nuevos datos, que pueden confirmar o desmontar las hipótesis que en un momento dado se puedan presentar. Sin embargo, las intervenciones arqueológicas, prolongadas a lo largo de cinco años, han aportado nuevos datos, nueva luz sobre las cuestiones que han girado alrededor de este lugar, lo que obliga a replantear algunas, desechar otras y dirigir la atención a las nuevas que surgen tras el estudio de las anteriores.

Desde que Ortego en 1958 afirmó que la fase más antigua de las que podían observarse en la construcción de la iglesia, pertenecían a mediados del s. VII, el punto principal de los estudios sobre N<sup>a</sup> S<sup>a</sup> del Val ha estado muy a menudo, en torno a la consistencia de dicha afirmación. Hay que reconocer, que la creencia de Ortego tenía como única base un estudio comparativo del estilo en algunos sillares decorados, en concreto seis, encontrados en diferentes puntos de la fábrica de la ermita, en la que él distinguía dos fases diferentes. Este autor asumió que, aunque estos estaban en posición secundaria, en la fase más moderna del edificio, la procedencia de los sillares decorados era el propio edificio, partes de la fase más antigua ya perdida, y, por tanto, otorgó la fecha de los sillares a la primera construcción. Sin embargo, Ortego no apoyaba la hipótesis del origen visigodo de esta, con ninguna otra prueba documental o material. Sólo con la identificación de los modelos decorativos en esa época, el autor imaginaba la erección del templo durante el reinado de Recesvinto, tanto por su conocido apoyo a la iglesia y su labor promotora de construcción de edificios religiosos, como por paralelismos que encontraba entre los motivos de la ermita y la corona votiva de este rey, para ser luego destruida tras la invasión islámica de principios del s. VIII, quedando en el solar los restos visigodos durante cuatro siglos y ser reutilizados en la nueva construcción, realizada ya en plena expansión del románico.





Cuando en la segunda mitad de los años setenta del siglo pasado se intensificaron las labores arqueológicas en el cercano yacimiento de Tiermes, promovidas por el que fue director del Museo Numantino, Argente Oliver, el interés por el estudio arqueológico de sus monumentos se hizo extensivo a los de la propia comarca de Tiermes, retomándose también el estudio de la Ermita de N<sup>a</sup> S<sup>a</sup> del Val. La constatación de la existencia de un importante centro visigodo en las ruinas de la antigua ciudad romana, comprobada con el hallazgo tanto de elementos cerámicos, como arquitectónicos, llevó a pensar a los nuevos investigadores que el origen de los sillares visigodos estaban realmente en este yacimiento, transportados para su reutilización en época medieval hasta Pedro, algo que era (y sigue siendo) muy frecuente en este tipo de lugares, convertidos, tras su ruina, en auténticas canteras para los habitantes del entorno. En este sentido se expresaba Izquierdo Bertiz ya en 1980, seguido por Caballero Zoreda en 1984 y por De la Casa Martínez en 1992, basándose en las similitudes estilísticas de los elementos arquitectónicos decorados de época visigoda encontrados en Tiermes, y apoyándose en los hallazgos descontextualizados recuperados en varias localidades cercanas al yacimiento, que no tenían asociado un hábitat visigodo, como era el caso de Valderromán, Noviales, Carrascosa de Arriba y Pedro. De esta manera se ponía en duda el origen visigodo de la ermita de la Virgen del Val.

Ya en este siglo, las excavaciones realizadas en el N<sup>a</sup> S<sup>a</sup> del Val entre 2006 y 2010, han aportado datos más clarificadores para elucidar esta cuestión. Aunque en las excavaciones de 2006 y 2007 aún se asumía la fecha del s. VII como la del origen del edificio, el estudio pormenorizado de su fábrica, asociado a los sondeos efectuados en el interior y exterior de la ermita, descubrieron más fases constructivas que las dos advertidas por Ortego. Hasta ocho fases fueron establecidas, que se prolongaban hasta



época contemporánea, estando los sillares visigodos incluidos en una intensa reforma fechada en el s. XVI. Esto significaba, por un lado, que la sencilla secuencia supuesta por este autor de construcción visigoda, destrucción islámica y reconstrucción pleno medieval, se complicaba aún más, con la adicción de una fase prerrománica, una continua labor reformadora bajo medieval y moderna, e intervenciones muy tardías. Por otro lado significaba que, si los sillares visigodos tenían su origen en la propia ermita, estos debieron estar circulando durante ocho siglos por el edificio hasta encontrar su asiento definitivo.

Las siguientes intervenciones arqueológicas, promovidas por la Fundación Duques de Soria, dentro del Proyecto Cultural Soria Románica, al ser más ambiciosas, e incluir la excavación de todo el espacio interior y todo el perímetro inmediato del edificio, aportaron mucha más información sobre el origen y posterior desarrollo de N<sup>a</sup> S<sup>a</sup> del Val. En primer lugar, dejaron patente la total ausencia de materiales arqueológicos de época visigoda asociados al templo (de hecho, ni tan siquiera se hallaron materiales alto o pleno medievales), salvo los sillares mencionados, incluidos en la fábrica del s. XVI, lo que dificultaba la adscripción a una cronología del s. VII para la ermita, teniendo en cuenta, además, que no hay ningún hábitat visigodo asociado a la localidad de Pedro. Por su parte, el hallazgo del “alquerque de doce” en la cimentación del ábside, la parte más antigua de la fábrica de la ermita, nos da un auténtico terminus post quem para la construcción de esta iglesia, al entender, como se ha explicado en su momento, que este juego se introduce en la Península en fecha posterior a la llegada de los musulmanes.

Igualmente significativo fue encontrar indicios que nos permitieron conocer cómo era la planta original de la nave de N<sup>a</sup> S<sup>a</sup> del Val, más ancha y, sobre todo, mucho más corta que la actual, con forma casi cuadrada, que nos acerca a paralelos arquitectónicos propios de los estilos prerrománicos del Norte Peninsular y de la Meseta Norte, y no visigodos. A este



descubrimiento habría que añadir la constatación de que los enterramientos hallados en 2006, 2007 y 2009 son parte de una extensa necrópolis de tumbas antropomorfas talladas en la roca, con la individualización de 14 sepulturas. Este tipo de enterramientos, empiezan a ser frecuentes en la Península en el s. X, aunque en este lugar de la Meseta se desarrollarían a partir de la consolidación de la autoridad castellana tras la reconquista de la margen Sur del Duero, en la segunda mitad del s. XI, y entran en desuso bien entrado el s. XII. Así pues, al considerar, por un lado los paralelos arquitectónicos de la nueva planta descubierta, y por otro la necrópolis de enterramientos antropomorfos asociada al templo, se nos va definiendo un horizonte cronológico para la primitiva construcción de la ermita, en el ambiente de los primeros esfuerzos repobladores de la Marca Media, tras la reconquista, en las décadas finales del s. XI; un momento de gran impulso constructivo de edificios religiosos, promovidos por una Iglesia que recupera nuevos territorios y está decidida a reconstruir su potestad tras la retirada del mundo islámico. En ningún caso consideramos que haya pruebas suficientes para sostener un origen visigodo para la ermita de N<sup>a</sup> S<sup>a</sup> del Val.

Este edificio, de la segunda mitad del s. XI, tendría el ábside cuadrado, el cual se ha conservado en planta y alzado, y una nave más corta que la visible actualmente, con planta casi cuadrada y quizás, un poco asimétrica con respecto al eje Este-Oeste, y de cuya fábrica no queda más que parte de la cimentación del ángulo sureste y un entalle en la roca para cimentar el muro septentrional. La altura de la cubierta exterior de la nave sería algo mayor que la del ábside, como constataron los arqueólogos de Arquetipo en la intervención de 2010. (Arquetipo, 2010; 15)

Posteriormente el edificio sufriría una serie de reformas que cambiarían substancialmente su aspecto. A este respecto, nosotros diferimos de la interpretación establecida por otros autores de dos fases constructivas en el ábside, una de finales del s. XI y otra de principios del s. XII por debajo de la



línea de canecillos castrados (Balado y Garnelo, 2006: 44), en este punto sólo es identificable una reparación en el lienzo del muro sur de éste, en una fecha indeterminada. La transformación más acusada sería la ampliación hacia el Oeste de la nave, haciéndola algo más de un tercio más larga y estrechándola casi un metro de cada lado, como prueba el entalle en la roca descubierto en el interior de la nave y que muestra el trabajo de nivelación que se realizó en la roca para adecuarla a la nueva nave. Esta reforma tan radical se realizaría a mediados del s. XII, y sería contemporánea a los canecillos románicos que pueden verse ahora en el alero del ábside.

Otro momento constructivo que transformó fuertemente la forma de la iglesia fue el recrecido de la cubierta del ábside, una obra que puede observarse a simple vista en el hastial oriental, en las hiladas de sillarejo que siguen la inclinación de las cubiertas. Balado y Garnelo, siguiendo a Ortego, (Balado y Garnelo, 2006; 44), fecharon esa reforma a mediados del s. XII, sin embargo, la intervención de Arquetipo el 2010, descubrió fragmentos de cerámica en el relleno de dicho recrecido, que se dataron en el s. XV (Arquetipo, 2010; 15), por lo que la fecha de la transformación del tejado del ábside entraña algunas dudas, pero nos hace asumir que los canecillos que se observan hoy día, están en posición secundaria

El aspecto exterior de la ermita volvería a modificarse cuando se rehizo el muro occidental de la nave a la vez que el meridional, el cual se alineó con el muro sur del ábside, suprimiendo de esta manera el hombro del lado sur que marcaba la separación entre ábside y nave. En esta fase fue cuando se derribó el antiguo pórtico, se realizaron los arcos de la entrada principal, en el muro sur, y de la puerta procesional, en el hastial occidental, y cuando se colocaron los sillares de decoración visigoda. Esta reforma supuso también cambiar la cubierta de la nave, ya que fue necesario desplazar el eje del tejado más al norte para equilibrar las dos vertientes, que de otra manera habrían quedado asimétricas. Sería en este momento, cuando se igualarían



las alturas de las dos cubiertas, la del ábside y la de la nave. Esta potente reforma, se ha fechado, por los materiales asociados, como muy pronto a comienzos del s. XVI si no más tarde.

Los últimos cambios que tuvo N<sup>a</sup> S<sup>a</sup> del Val serían cuando se prolongó el muro del hastial occidental hacia el Sur, a fin de dar resguardo al pórtico de postes que resguardaba la puerta meridional. En este momento se cegaría la puerta procesional del muro oeste para permitir la construcción del Coro y se construiría el altar hallado tras la excavación de 2009. Estas últimas obras se realizarían en unas fechas indeterminadas de época Contemporánea, establecidas entre mediados del s. XVIII, cuando se realiza el retablo visible hoy día, y el último tercio del s. XIX, como marca la moneda de la Primera República hallada bajo el pavimento del pórtico actual.

Finalmente serían obras puntuales de saneamiento, arreglos de los pavimentos y las cubiertas, las que se realizarían en el antiguo edificio de la Iglesia de la Virgen del Val, hasta el momento en que comenzó a suscitar interés a los investigadores del pasado, allá por 1958.





## BIBLIOGRAFÍA:

**Argente Oliver, J. L.** Et alii, (1980): “*Tiermes I*, (Campañas de 1975-1978). Trabajos realizados en la ciudad romana y en el entorno de la ermita románica de nuestra señora de Tiermes” Excavaciones Arqueológicas en España, Nº 111, Madrid: Dirección General del Patrimonio Artístico, Archivos y Museos.

- (1990): Guía del Museo Numantino, Soria.

**Argente Oliver, J.L.** y **Díaz Díaz, A.** (1995): Tiermes, guía del yacimiento y museo, Valladolid.

**Arquetipo S. C. L.** (2011): *Intervención arqueológica en la ermita de la Virgen del Val, Pedro* (Soria), Valladolid.

**Balado Pachón, A** y **Garnelo Merayo, R.** (2008): *Excavación arqueológica en la ermita de la Virgen del Val. Pedro, Montejo de Tiermes* (Soria). Campaña de 2007, informe. Cigales: Unveinte S.L.

- (2007): Estudio de la fábrica de la ermita de la Virgen del Val. Pedro (Montejo de Tiermes, Soria), Cigales: Unveinte S.L.

**Bango Torvisio, I. G.** (1992): “El espacio para enterramientos privilegiados en la arquitectura medieval española” *Anuario el Departamento de Historia y Teoría del Arte de la UAM*. Vol. IV, pp. 93-132



**Blanco García, J. F.** (2003): “Cerámica histórica en la provincia de Segovia. I. Del Neolítico a la época visigoda (V milenio-711 d.C.)”, *Trabajos de Arqueología Hispánica*, Vol. 1, Segovia.

**Brothwell, D. R.** (1987): *Desenterrando huesos. La excavación, tratamiento y estudio de restos del esqueleto humano*, México D. F.: Fondo de Cultura Económica

**Caballero Zoreda, L.** (1980): “La iglesia visigoda de Santa María de Melque (Toledo), San Pedro de la Mata (Toledo) y Santa Comba de Bande (Orense)”. *Arqueología y Arquitectura*. Excavaciones Arqueológicas en España nº 109, Madrid.

- (1984): “Arqueología tardorromana y visigoda en la provincia de Soria”, *Actas del I Symposium de Arqueología Soriana* (Soria, 1982), pp. 433-458.

- (2000): “Aportaciones a la arquitectura medieval española. Definición de un grupo de iglesias castellanas, riojanas y vascas”, en *V Congreso de Arqueología Medieval Española* (Valladolid, 1999), I, pp. 221-233.

**Casa Martínez, C. de la** (1992): *Las necrópolis medievales de Soria*, Soria.

**Casa Martínez, C. de la, Izquierdo Bertiz, J. M.<sup>a</sup>** (1992): “Aproximación al hábitat visigodo de Tiermes”, en *Actas del II Symposium de Arqueología Soriana* (Soria 1989), II, pp. 1007-1019.

**Castillo, E.** (1970): “Cronología de las tumbas llamadas “Olerdolanas”, en *Actas del XI Congreso Nacional de Arqueología* (Mérida, 1968), pp. 835-845.



- (1972): Excavaciones altomedievales en la provincia de Soria, Logroño y Burgos, *Excavaciones Arqueológicas en España* nº 74, Madrid.

**Calvo. I.** (1913): “Termes, ciudad celtibero-arévaca” **Revista de archivos, bibliotecas y museos**, Tomo XXIX, pp. 374-387

**Costas Goberna, F. J. e Hidalgo Cuñarro, J. M.** (1997): *Los juegos de tablero en Galicia. Aproximación a los juegos de tablero en piedras desde la Antigüedad Clásica al Medievo*, Vigo: Celticar.

**Delgado Arceo, M.<sup>a</sup> E. y Villanueva Martín L. A.** (2009): *Trabajos arqueológicos relativos al proyecto de excavación arqueológica manual de la ermita de Nuestra Señora del Val, en Pedro* (Montejo de Tiermes, Soria), Laguna de Duero: Antequem S.L.

**D’Ors, A.** (1951): “Un dato nuevo para la historia de la llamada Termancia” *Estudios Dedicados a Menéndez Pidal*, Tomo II, pp. 567-582.

**Durand, J. Soler Llopis, J. Masafret Seoane, M.** (2006): *El Románico*, Barcelona: Larousse.

**Escolano Benito, A.** (2005): *San Baudelio de Berlanga, guía y complementarios*. Salamanca: Junta de Castilla y León.

**Fernández Gómez, F.** (1997): “Alquerque de nueve y tres en raya; juegos romanos documentados en Mulva (Sevilla).” *Revista de Arqueología*, Nº 193, pp. 26-35.

**Guillén J.** (2002): *Vrbs Roma. Vida y costumbres de los romanos II: la vida pública*. Salamanca: Ed. Sígueme

**Gutiérrez Dohijo, E.** (1996): “Nuevos sillares decorados de la época visigoda, procedentes del Suroeste de la provincia de Soria” *Celtiberia*, Nº 90, pp. 7-48.



**Huerta Huerta, P. L.** (2002): “Pedro” en García Guinea, M. A. y Pérez González, J. M. (eds.) *Enciclopedia del Románico en Castilla y León*, Soria: Fundación santa María la Real pp. 781-784.

**Izquierdo Bertiz, J. M.<sup>a</sup>** (1980): en Argente Oliver et alii “Tiermes I” *Excavaciones Arqueológicas en España*, Nº111, pp. 302-348,

**Lillo Redonet, F** (2005): *Ludus ¿cómo jugaban los antiguos romanos?* Madrid: Áurea Clásicos.

**May, R.** (1995)“Les jeux de table en Grèce et à Rome.” *Bulletin de l’association Guillaume Boudé*, pp. 51-61.

**Olague-Feliú y Alonso, F. de** (2003): *El arte románico español*, Madrid: Ed. Encuentro.

**Ortego Frías, T.** (1958): “La ermita hispano-visigoda de la Virgen del Val, Pedro (Soria)”. *Archivo Español de Arqueología*, XXXI, pp. 222-230.

**Palás Bastarás J.M. et alii**, (1998): *Análisis del medio físico de Soria. Delimitación de unidades y estructura del territorio*, Valladolid.

**Plácido Suarez, D. y Striano Corrochano, A.** (2006): *Ars vivendi. La buena vida en Grecia y Roma*, Madrid: Sociedad Española de Estudios Clásicos.

**Regueras Grande, F.** (1990): *La arquitectura mozárabe en León y Castilla*, Valladolid: junta de Castilla y León.

**Romero Carnicero, M. V.** (2005): “Cambios posteriores y romanización” en Jimeno Martínez, A (ed.) *Celtíberos, tras la estela de Numancia*. Soria



**Santonja Cardona, J. L.** (1998): “La construcción de cementerios extramuros: un aspecto de la lucha contra la mortalidad en el antiguo régimen” en *Revista de Historia Moderna* Nº 17. Alicante.

**Schattner, T. G.** (2003): *Munigua: cuarenta años de excavaciones*, Sevilla: Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía

**Sempere Ferrandiz, E.** (2006): *Historia y arte de la cerámica de España y Portugal*. Barcelona: Ed. Subirats.

**Utrero Aguado, M. A.** (2006): “Iglesias tardoantiguas y altomedievales en la península Ibérica, Análisis arqueológico y sistemas de abovedamiento”. *Anejos de Archivo Español de Arqueología*, XL, Madrid.

**Valdeón Baroque, J.** (2006): *La Reconquista*. Madrid: Espasa.

**VV.AA.** (1985): *Historia de Soria*. Madrid: CSIC

***Historia Digital*, XIV, 24, (2014). ISSN 1695-6214**

**© Jaime Resino Toribio y otros, 2014**

